

—¡Ya lo creo! y muy honrado en mi compañía.  
 —¿Le habla usted del *Quijote*?  
 —Sí; le hablo y le digo: Maestro, ese es un libro: fué una idea feliz; pero calcule su merced lo que sería el *Quijote* si le hubiera escrito yo.  
 —Y Cervantes ¿qué responde?  
 —¡Qué ha de responder, si no le dejo hablar! Se sienta á mi lado y le improviso versos de esta clase.  
 Y con su maravillosa fantasía empezó á recitar versos tan sonoros y valientes, que le escuchábamos todos con asombro.

## VIII.

En esto oímos un gran vocerío, producido por una legión de almas que quería penetrar en la región de los poetas.

—¿Quiénes sois?—preguntó el ángel, que tenía un ala cortada para que no volase al cielo.

—Somos críticos naturalistas.

—¡Ya! ¡ya! ¿No habéis negado la superioridad de la invención sobre la copia, y de lo espiritual sobre lo material? Pues no podéis entrar aquí: no sois poetas.

—Ahí ha entrado D. Leandro Moratín, que fué realista.

—Si se le hubiera juzgado sólo por su concepto del arte, acaso hubiéramos dudado; pero la forma artística de sus obras y su hermoso lenguaje le dan entre los poetas un lugar honroso y preferente.

—¿No está ahí Comella?

—Si que está: rindió culto á la poesía en el límite de sus escasas facultades.

—¡Cómo! ¿ese majadero?.....

—¿Quién me insulta?—replicó D. Luciano Comella, presentándose atraído por las voces.—¡Yo majadero! Entonces, ¿qué diréis del público que me prefería á los demás autores de mi tiempo? Soy el autor de *La Moscovita Sensible*, *Cristóbal Colón*, *María Teresa de Austria en Landow*, *El Buen Hijo*, *Cristina de Suecia*, *Cecilia viuda*, *Los Amantes de Teruel*, *El Sitio de Calés*, *El Hombre Agradecido*, *La Judit Castellana*, *Ino y Temisto*, *Doña Berenguela*, *Los Hijos de Nadasti*, y tantas otras tragedias y comedias heroicas ó jocosas ó bufas, con música y sin música. Yo tendría una gran fama sin la malicia de Moratín, que me insultó en *La Comedia Nueva*, ó *El Café*, denigrando á mi familia; pero no dejé impune aquella desvergüenza, pues hice su retrato de abate trapalón y bailarín en *El Abuelo y la Nieta*, comedia de música, en tres actos, título que puse para que lo entendiera el autor de *La Niña y el Viejo*; y dije de él, entre otras claridades:

Es un crítico famoso  
 Un escritor estupendo;  
 Un específico tiene  
 Ó elixir para los viejos.....

Una carcajada próxima interrumpió á Comella, y un anciano de ojos grandes y vivos, cara afeitada y traje pulcro, recitó irónicamente estos versos de Comella, en *El Sitio de Calés*:

Cuando al rigor de la lanza,  
 Cuando de la hambre al esfuerzo  
 Veis morir en vuestros brazos

Al padre, al marido, al deudo;  
 Que el ver que ha más de tres meses  
 Que es vuestro único alimento  
 El desabrido caballo,  
 El can, el inmundo insecto.....

—¡Moratín!—dijo Comella retirándose gran trecho, y enseñándole los puños á distancia.

Don Leandro se encogió de hombros, y disparó otra andanada de la ópera *La Escuela de los Celosos*, de Comella:

Aleve, pérfida,  
 Harto he sufrido:  
 Con esta máscara  
 Te he sorprendido:  
 Mujer adúltera,  
 Como te coja,  
 De una patada,  
 Descoyuntada  
 Te he de dejar.

Comella desapareció.

—Y ahora, señores—añadió D. Leandro dirigiéndose á los naturalistas—diré á ustedes que nuestro realismo difiere esencialmente: yo no copié, sino que de muchos seres formé mis individuos, conservando en apariencia la forma natural.

—¿Acaso no es al mismo Comella á quien retrató usted en *La Comedia Nueva*? Compare usted los versos de éste, que recitaba usted hace un rato, tomados de *El Sitio de Calés*, y los que atribuye usted al autor de *El Gran Cerco de Viena*:

Bien conozco que la falta  
 Del necesario alimento  
 Ha sido tal, que rendidos  
 De la hambre á los esfuerzos,  
 Hemos comido ratones,  
 Sapos y sucios insectos.....

—Convengo, en parte; pero Comella no es un autor: es el tipo y compendio de todos los mamarrachistas de aquel tiempo.

—En fin, ¿entramos ó no?—replicaron los críticos.

—Que entre todo el que guste—dijo un jovial anciano, de corta estatura, bigote blanco y larga perilla, sujetando al ángel por el ala íntegra.—Donde están Moratín y Comella, Bécquer (1) y yo, puede entrar todo el mundo.

Era D. José Zorrilla, que permitió, con su movimiento, la entrada al escuadrón naturalista.

## IX.

—Oye, Pepe—dijo Fernández y González:—no te faltas, que me estás faltando á mí: en España sólo ha habido dos poetas de verdad: yo y tú: todos los demás son comparsas nuestros: entren los que quieran á escucharnos, pero entren con respeto. Yo soy el autor de *El Cid* y tú el de *Don Juan Tenorio*.

—No me cites este personaje, que me ha traído aquí.

—Yo hubiera incluido entre los grandes poetas de este

(1) Entre los errores del genio, merece consignarse que oí á Zorrilla negar que Bécquer fuera poeta.



siglo á otros varios, que tal vez nos escuchen, ó han tenido la suerte ó la desgracia de estar en otros sitios: por uno, sobre todo, no quiero preguntar, porque no me atrevo á saber si nos hemos separado para siempre: Espronceda—dijo un anciano, entre risueño y melancólico, de traje correcto, barba entrecana y aire muy simpático.

—¡Ya salió el defensor de Espronceda!—dijo Zorrilla dándole un abrazo:—claro es que fué un gran poeta, mejor que nosotros.

—No abduques, Pepe, ó abdica por ti solo. ¿Y usted quién es?—repuso Fernández y González, mirándole de arriba abajo al recién venido.

—No soy nadie: soy un difunto, como usted. Un poeta holgazán, que tiene dos tomitos en octavo: conspiré por la libertad, y tuve que huir disfrazado de clérigo: fui miliciano y viajero, diplomático y amigo de todos. Y ustedes lo pasen bien, que me voy á jugar con los chiquillos.

—Pero ¿estás ciego—dijo Zorrilla al autor de *El Cid*,—que no conoces al célebre y querido D. Miguel de los Santos Alvarez?

—¿Usted es Santos Alvarez?—repuso Fernández y González.—Choque usted.

—No choco. Soy Miguel, ó Miguel Alvarez, ó Miguel de los Santos Alvarez, como usted quiera, pero no Santos Alvarez.

—Usted es una institución—repuso Fernández y González—y coloco á Espronceda entre los míos.

—¿Y el Duque de Rivas?

—Pase también.

—¿Y García Gutiérrez, y Hartzenbusch, y Ayala?

—Bueno; pero cierre usted, ó se cuele todo el mundo.

—¿Y puedo saber por qué estáis vosotros en el Limbo?—repuso D. Miguel.—De mí lo explico, por mi afición á las criaturas.....

—Estamos aquí—respondió el gran Zorrilla—porque hemos vivido en mundos ideales, soñando y evocando fantasmas y quimeras; porque hemos pasado la vida entretenidos con el juguete de la poesía, y somos irresponsables como unos niños. Vamos á ver, ¿crees que tengo la culpa de haber escrito el *Don Juan Tenorio*?.....

## X.

Iban á contestarle, y se oyó por todas partes un formidable campaneó.

—¿A qué tocan?—pregunté.

—Es la hora de comer. Saquen ustedes los baberos—dijo el ángel.

—Eso lo harán los niños.....

—Aquí lo hace todo el mundo.

—¿También los grandes? ¿Y qué se come aquí?

—¿Qué han de comer ustedes en el Limbo? ¡Atención! que ya sirven la papilla.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



## SONETO

Si un nuevo amor el alma me acaricia,  
Es un libro leído nuevamente;  
Y á veces se me antoja indiferente  
La página que ayer fué mi delicia.

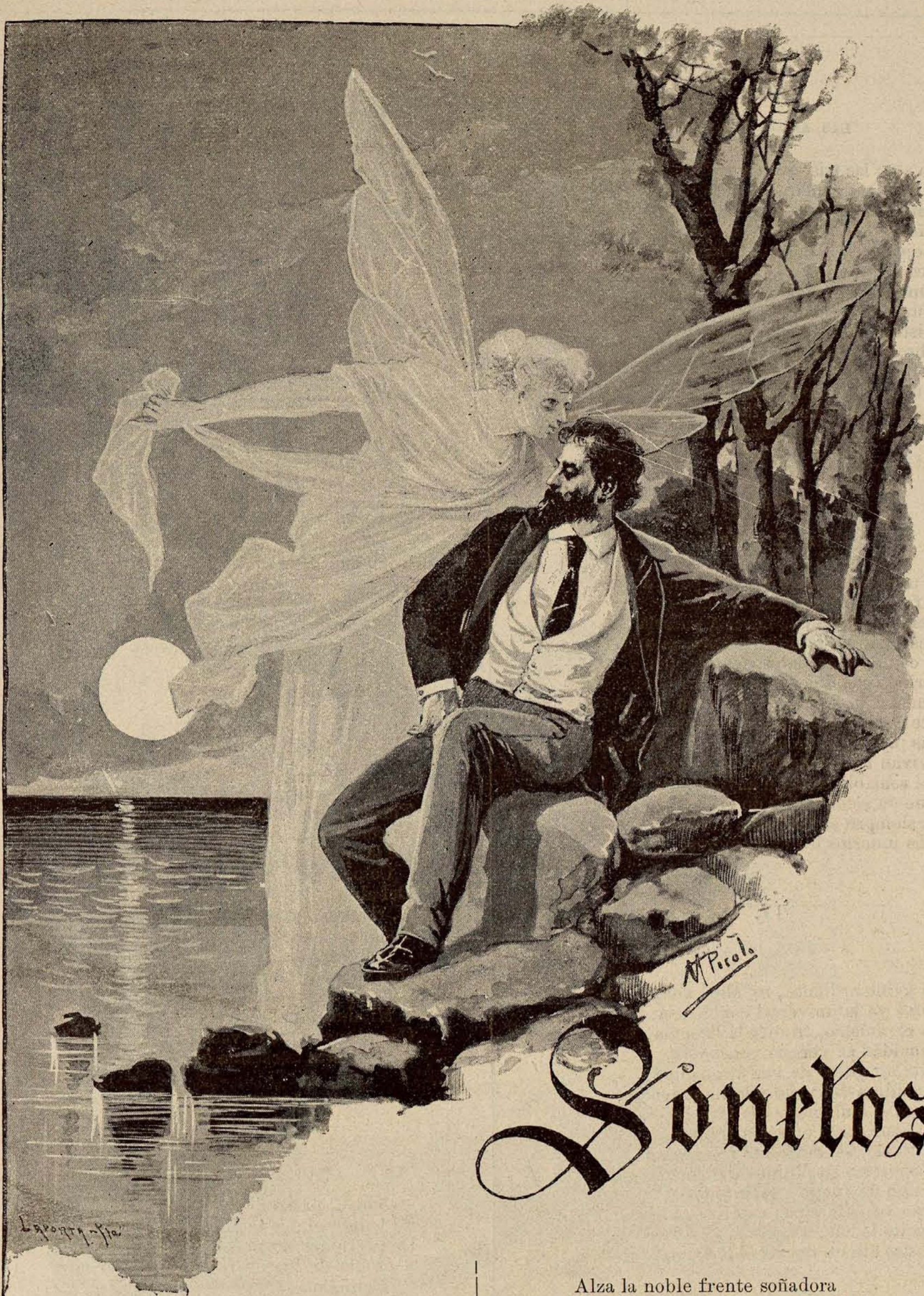
Sé ya que es una re'ación ficticia  
En que han de suceder perennemente  
Á igual pregunta igual respuesta ardiente,  
Á idéntico transporte igual caricia.

Bello es el libro, pues en él se expresa  
Todo con arte, gracia y travesura,  
Y á todos place, á todos interesa.

Aun á trechos me encanta su hermosura,  
Pero ya busco en vano la sorpresa  
Y la emoción de la primer lectura.

RICARDO J. CATARINEU.





# Sonetos

I.

Á MI MUSA.

¡Oh musa! de la envidia bramadora  
No te inquieten los trágicos furores:  
Toda guirnalda de lozanas flores  
Esconde alguna espina punzadora.

Alza la noble frente soñadora  
Y da al viento tus himnos triunfadores:  
Cuando cantan los dulces ruiseñores,  
Nadie escucha á la sierpe silbadora.  
¡Oh musa! ante la saña y el embate  
Del vil rencor y la perfidia impura,  
No pliegues triste las potentes alas.  
¡Sé como la bandera en el combate,  
Que ríe al sol y espléndida fulgura  
Entre el fuego y silbido de las balas!



## II.

## LAS ALMAS TRISTES.

Yo amo las tristes almas dolorosas  
Que la intensa amargura ha devorado:  
El valle, por la lava calcinado,  
Da ricas vides y fragantes rosas.

¡Lejos de mí las risas bulliciosas!  
¡Lejos de mí el placer emponzoñado!  
Yo amé siempre el dolor, raudal sagrado  
De purísimas lágrimas hermosas.

Triste es todo lo grande, noble y fuerte:  
El libro de la Historia, los profetas,  
Los abismos, los templos seculares.

Tétrico es el amor como la muerte;  
Lúgubre el corazón de los poetas,  
Y amargos son los dilatados mares!

## III.

## EN EL CAMPO.

«Fuera del mundo y de su pompa vana,  
Seré feliz—me dije cierto día:—  
El verde bosque y la floresta umbría  
Libres están de la miseria humana.»

Al campo vine: la estación lozana  
Me brinda sus deleites y poesía,  
Y raudales de lumbre y armonía  
Vierte sobre los prados la mañana.

Mas ¡ay! lejos de hallar el bien ansiado,  
Se avivan los tormentos y dolores  
De mi sensible espíritu angustiado:

¡Que en estos valles de olorosas flores  
Vaga siempre el fantasma desolado  
De mis muertos idílicos amores!

## IV.

## Á NÚÑEZ DE ARCE.

Un genio ardiente, un alma vengadora  
Reclama ya la universal conciencia:  
Brilla el cinismo, triunfa la licencia,  
Y la maldad se yergue vencedora.

Falta un genio de voz atronadora  
Que maldiga del vicio y la impudencia,  
Reduzca al ambicioso á la impotencia  
Y arranque tanta máscara traidora.

Un genio, sí, de frente immaculada,  
Que convierta su pluma de diamante  
En látigo de fuego ó recia espada;

Y que ostente en su espíritu radiante  
De Tácito la cólera sagrada,  
Y el estro airado del terrible Dante.

## V.

## LA VISIÓN AMADA.

Cuando en la noche pura y silenciosa  
Por mis mejillas corre el llanto ardiente,  
Y vuela, audaz, mi arrebatada mente  
Por la sublime esfera luminosa,

Pálida surge con su faz de diosa  
En el azul espacio transparente,  
La blanca musa de ala refulgente  
Y túnica flotante y vaporosa.

La divina beldad, en raudos giros,  
Traza, envuelta en un nimbo plateado,  
Sobre los aires, brilladora estela.

¡Viene á mis brazos; bebe mis suspiros;  
Me da en la frente un ósculo sagrado;  
Mi lloro enjuga, y á los cielos vuela!

## VI.

## EN ABRIL.

Cuando Abril en los campos centellea,  
Poblarse miro de encendidas flores,  
De césped, mariposas y colores  
El pobre cementerio de mi aldea.

Sobre sus tumbas canta y aletea  
Un coro de parleros ruiñeños;  
Y su tapia, del sol á los fulgores,  
Como risueño palomar blanquea.

Así mi pobre corazón herido,  
Cementerio olvidado y aterido,  
Baña Abril con un rayo de alegría.

Y entre sus tristes solitarias fosas,  
Del amor paternal brillan las rosas,  
Y canta el ruiñeño de la poesía.

## VII.

## Á SHAKSPEARE.

En tus sublimes obras siempre late  
Tierno y crüel, alegre y desgraciado,  
El corazón del hombre, atormentado  
De las pasiones por el recio embate.

Como al infierno el florentino vate  
Del alma á los abismos has bajado,  
Y, rival de los dioses, has creado  
Toda una humanidad que ama y combate.

¡Oh soberbio titán de la poesía,  
Que ya me arrancas lastimero lloro,  
O ya de horror y angustia me estremeces;  
Mi alma entusiasta y loca desearía  
Que el mar, que el vasto mar fuera de oro,  
Para alzarte la estatua que mereces!

## VIII.

## CANCIÓN DE MAYO.

¡Ven al prado de lirios y claveles,  
Mi bello y dulce bien! El campo llena  
De perfumes la atmósfera serena,  
Y el mes de Mayo irradia en los verjeles.

¡Ven! Entre los rosales y laureles  
Flauta invisible melodiosa suena.  
¡Ven! que en la orilla del Genil, amena,  
El amor es panal de ricas mieles.

¡Ven, mi ilusión! Las auras su frescura  
Nos ofrecen; las aves, su armonía,  
Y recóndito nido, la espesura.

¡Mas no; no vengas, adorada mía:  
Que el inmenso raudal de mi amargura  
Tu corazón feliz destrozaría!



## IX.

## EN LA FLORESTA.

De mis tiernos amores desgraciados  
 En estas soledades deliciosas  
 Vagan, como tropel de mariposas,  
 Los punzantes recuerdos perfumados.  
 ¡Todo, todo habla aquí de sus rasgados  
 Ojos celestes, de su faz de rosas,  
 De sus divinas lágrimas hermosas  
 Y sus tímidos besos adorados!  
 ¡Oh rústico sendero floreciente!  
 ¡Oh verde bosque! ¡Oh ruiseñor canoro!  
 ¡Oh rumorosa y escondida fuente!.....  
 ¡Égloga de zafir, púrpura y oro,  
 Sigue cantando en mi exaltada mente,  
 Aunque mi pecho se deshaga en lloro!

## X.

## LA POESÍA.

Como el raudal que corre en la pradera  
 Copia en su espejo pájaros y flores,  
 La alada mariposa de colores,  
 El verde arbusto y la azulada esfera,  
 La sublime poesía reverbera  
 Combates, glorias, risas y dolores,  
 Odio y amor, tinieblas y esplendores,  
 El cielo, el campo, el mar..... ¡la vida entera!  
 Así Homero es la lid; Virgilio el día;  
 Esquilo, la tormenta bramadora;  
 Anacreonte, el vino y la alegría;  
 Dante, la noche con su negro arcano;  
 Calderón, el honor; Milton, la aurora;  
 Shakspeare!, el triste corazón humano!

MANUEL REINA.





# MADRID EN LA EDAD MEDIA

## I.



NUESTRA capital no competirá jamás en monumentos con las primeras ciudades hispanas, tan ricas de arquitectura; pero compite con todas, y aun las aventaja mucho, en famosos recuerdos históricos. Las escenas de primer orden, representadas en altiplanicie tan extensa, pueden á duras penas numerarse. No llamaron á las puertas de Madrid los peregrinos, que llamaron á las puertas de Santiago en la Edad Media; no salieron de su escaso Manzanares las naves, descubridoras de mundos, que las bocas del Guadalquivir y del Saltes y del Tajo y del Llobregat y del Guadalete y del Turia expidieron así á Oriente como á Occidente; no lleva el título de imperial, con que Toledo se gloria, ni luce los edificios milagrosos con que asombra ésta, de antiguo, al mundo; en su seno nunca brotó el tallo de la libertad municipal, con que León se honrara, y su terrón jamás sirvió de núcleo á la nacionalidad, como el terrón de Cangas y de Oviedo, en la Historia cíclica de la formación del suelo patrio; ninguna su importancia, si la comparamos con Zaragoza y con Pamplona, como en la germinación de los protoplasmas de nuestra raza ninguno su papel, aun parangonada con las más humildes poblaciones de Cantabria y de Vasconia; el establecimiento de la religión católica, ni por imaginación obtuvo en ella la trascendencia obtenida en Tarragona, por ejemplo, y en Braga, como ni la herejía misma el grande influjo alcanzado por la idea de Prisciliano en Gálicia; ni guzlas en sus calles como las plañideras de Sevilla, ni esmaltes brillantísimos en sus paredes como los árabes de Córdoba, ni hazañas en su tradición como las expediciones barcelonesas y catalanas á Grecia y á Sicilia, ni catedrales entre sus iglesias como la maravillosa de Burgos, ni cármenes y torreones en sus riscos y colinas como los de Granada, ni florestas en sus campos como las de Valencia ó Murcia; pero si escenas históricas, antes y después de haberla constituido Felipe II en capitalidad única, las cuales, por interesantes, suspenden la inteligencia, y recrean, por varias, el ánimo. Libreme Dios del vano intento de recor-

darlas todas, pues pedirían su evocación y su recuento, no un artículo, ni un volumen, una biblioteca: soltaré mi fantasía para que revolotee á su antojo sobre las principales, y dejaré al arbitrio suyo el extenderlas ó acortarlas según su grado. Pero las hay de un interés tan vivo, de un corte tan dramático, de una trascendencia tan grande á toda la humanidad, de un carácter tan extraordinario y maravilloso, que ante la elección retrocede uno, temerosísimo de callar, en cuanto la brevedad impone preferencias inevitables, las de mayor interés, pues apenas puede justipreciarse todo el valor de la total suma, ni medirse toda su incommensurable grandeza.

## II.

Evocar: he ahí el secreto de la Historia. Y desde luego cuenta Madrid un centro de mágicas evocaciones, cual no conozco ninguno. Y este centro de mágicas evocaciones (lo debéis haber nombrado ya todos aquellos que me leáis) es el Museo. Otros Museos más abundantes, otros más arqueológicos y apropiados al estudio de la pintura, otros más bellos: ninguno tan rico, ninguno, en obras de primer orden. Sus desvanes y sus cuevas encierran cuadros, con cuya riqueza y mérito muchas galerías ornaran los salones de ostentación y aparato. Sesenta Ticianos, cerca de cien Théniers, Rubens y Van-Diks de primer orden; *El Pasma*, *La Perla* y *La Virgen del Pez*, debidos al dios de la pintura; excelentes Zurbaranes, muchos Pantojas y Riberas en su verdad trágica; los Canos y los Murillos esplendentes, que os deslumbran y os hechizan; los Moros con sus personajes redivivos; un precioso Mantegna; dos ó tres Correggios; Dureros como no los encontraréis en Alemania; Juan de Juanes, el primer dibujante hispano, con su milagroso *Martirio de San Esteban*; Holbein representado cual pueda estarlo en Basilea; lienzos del Sarto comparables á los mejores de Florencia; glorias flamencas envidiadas por Bélgica y Holanda; tres Cranays trazando los dramas del tiempo de Lutero; Veroneses y Tintoretos capaces de traerlos á la retina Venecia con todos sus iris y todos sus matices; una parte capital del



trabajo de Goya y todo Velázquez componen conjunto de tal manera maravilloso, que creéis asistir en tal templo á una fiesta mágica realizada por arte de verdadero encantamiento. ¡Cuáles expediciones hay que arreglar, y caminos que recorrer, y molestias que sufrir, para encontrarse con estas obras maestras reunidas en Madrid por un conjunto de circunstancias, las cuales no volverán á coincidir jamás en la Historia Universal! Aquí está Velázquez, el pintor de la vida, el que ha elevado la verosimilitud artística en sus cuadros á verdad más real de suyo que todas las realidades vivientes. Así no se le halla su predecesor, ni contará sucesores. El ideal baja sin esfuerzo á las obras suyas como si las cerdas de su pincel y las mixturas de su color fuesen ideas abstractas y prácticas al mismo tiempo. Nadie como él ha sabido de lo particular extraer lo general, según cumple al arte, por su naturaleza propia sintético, y destinado á encerrar en formas limitadas y concretas lo universal y lo absoluto. Por eso, con la mayor naturalidad del mundo, como quien juega, sin parar mientes en la trascendencia de cuanto hace, sube las personas á tipos, los tipos á prototipos, los prototipos á arquetipos, fijando así en sus figuras los caracteres fisiológicos que determinan la esencia íntima de sus caracteres morales con la sustancia de su entidad espiritual. Y estas figuras no se quedan, como las célebres del Renacimiento, tan perfectas en la forma, pero tan faltas de ambiente, parecidas á esculturas griegas por sus armoniosas incomparables proporciones, pero también por su impassibilidad antigua; no se quedan, decía, en los Olimpos más ó menos artificiales del Arte, respiran en el aire verdadero, despiden el calor de la sangre ardiente, pestañean sus párpados y miran sus ojos como si fueran de veras, están plantadas en el espacio real, pues diríais que á su grado se paran, y circuidas de perspectivas inacabables como los horizontes castellanos, mientras sobre su encarnación indecible y su palpable cuerpo, donde circulan, como en la química natural, átomos de materia y jugos de vida, resplandece, lengua de fuego misteriosa, el humano pensamiento. Así, cuando habéis contemplado los éxtasis de Murillo que os muestran el Verbo en su esencia; y visto las Concepciones vestidas del esmalte celestial y anegadas en el éter increado, bajo la Trinidad y sobre los ángeles, ascendiendo á lo infinito; y escuchado, por esas relaciones existentes entre los ojos y los oídos, reveladas por la ciencia contemporánea, tras aquella gradación de colores que os presentan iris ideales, angélicas armonías; entre tales arrobamientos y deliquios, al topar con un Velázquez animado de material atmósfera, lleno por un sol que aviva innumerables seres verdaderos, caliente de savia y de sangre, os creéis como despertando de los ensueños generados por un largo dormir hipnótico, y bañándoos en los efluvios, en los rocíos, en los esplendores, en los aromas, en los gorjeos, en los matices de una mañana de Mayo.

### III.

Lo he dicho antes, y ahora lo corroboro. Como este Museo de Madrid vale sin duda, es como evocación de las pasadas edades históricas y como resurrección de los grandes perso-

najes muertos. No conozco sitio alguno tan propio para una evocación, como este sitio, en el mundo. Parece que recorréis lo pasado en cíclico poema y que habláis con las personas desaparecidas, cual si descendierais al reino de la muerte, y para complacer vuestra curiosidad les hubieran devuelto á los difuntos la vida. No se puede llamar el Museo un Valle de Josafat, con aquella esplendidez de sedas, aquel meneo de cintas, aquella copia de terciopelos y tisúes, aquel aéreo hilado de las blondas, aquellos multicolores y varios reflejos de las pedrerías; pero sí puede llamarse una Pascua de Resurrección, comparable á la célebre cuyos repiques de campanas y aleluyas de gloria y acordes de órgano arrancaron al doctor Fausto la copa donde sus propias manos destilaran el beleño de la muerte y le devolvieron al sentimiento y al placer de la vida. Aquí la reina Isabel ante un altar, de hinojos, rodeada por sus hijos, á quienes creía robustos y sanos, cuando les asombraban ya sus espaciosas frentes demencias y agonías; allí el Elector de Sajonia, y sus colegas los príncipes de la liga de Smalkalde, requiriendo á Lutero para que hurtara el cuerpo, así á las cóleras del Emperador como á las tizonas de los lansquenets, y ascendiera en mística nube de misterios al Pathmos, donde podría escribir, á despecho del diablo y de sus maquinaciones, los símbolos religiosos de la nueva fe; por este lado, la espada de áureos damasquinados al cinto, la ropilla de terciopelo azul obscuro al cuerpo, la fina mano acariciando un perro de lanas, el hermoso joven de barba y ojos negros, apuesto como un italiano del Renacimiento y bronceado como un español recién venido de la nueva recién hallada creación, el duque Alfonso, aquel cuarto marido de Lucrecia Borgia, retratado por el Ticiano en su señorial palacio de Ferrara, é inmortalizado en el teatro por las palabras de Hugo y por las notas de Donizetti; allá, en los comienzos de la gran galería, el hijo inmolado de Felipe II, el príncipe D. Carlos, no obstante su atavismo de dioses, feo y gafo; no obstante las inmortales apologías de Quintana y Schiller, acusado de anémico en su sangre y de perverso en su ánimo por la delación de Pantoja en su magnífico retrato, á cuyos mortecinos ojos no se asoma una idea, y bajo cuyo estrecho tórax no late un corazón; acullá el ocaso de nuestra prepotencia sobre la tierra, Carlos V, camino de Yuste después de roto en Inspruk, rumiando la traición de Mauricio de Sajonia, sobre quien se apoyara el día de su coronamiento, y aguardando la traición de Guillermo el Taciturno, sobre quien se apoyara el día de su abdicación, los desengaños en la faz de lividez verdosa, los ojos sin más punto de mira y objeto que la eternidad y la historia, el sepulcro de su retiro monacal á los pies del caballo, los reflejos del incendio europeo sobre su cimera de combate, próximo á hundirse por su propio peso en la eternidad, iluminado por un crepúsculo rojo semejante al que incendiará los espacios apocalípticos en la tarde siniestra del Juicio Final; no lejos de este voluntario destronado, su hijo, que huele á muerto como al agonizar en su tribuna del Escorial; su hijo, que parece miraros y no veros con aquellos ojos de lechuza desvanecidos en su cara como la conciencia en su carácter doble, que os muestra un tinte de pajueta sobre su tez (como si estuviera en el fósforo), de los fuegos fatuos circulantes por las cenizas de los cementerios adobada, que reza, y diríais que maldice, pasando, como si fueran bolas de las loterías del destino, los granos de un enorme rosario enredado en sus manos, parecidas á



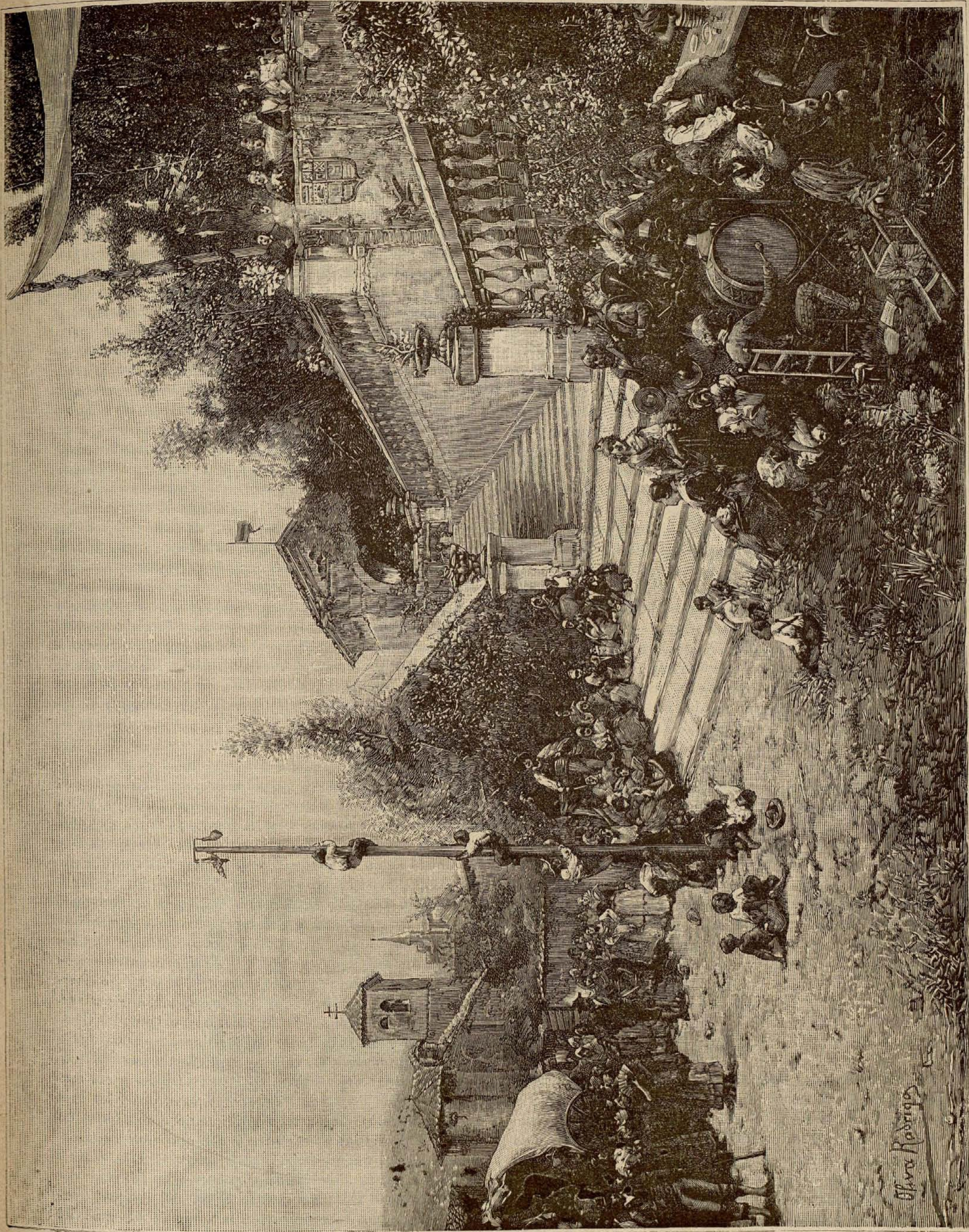
sendas sobrenaturales arañas con que acecha y caza la razón y el derecho; en otro lado, María la Sanguinaria, con su aire de bruja y su rostro de patata, jugueteando con un clavel encarnado, quizás teñido en sangre; D. Sebastián, como si soñara con los líbicos arenales que sirvieron de sudario á su persona y á su reino; la gobernadora de Valladolid D.<sup>a</sup> Juana, quien tras una careta escondía su faz en la recepción de los embajadores; Felipe III, impasible como la ignorancia de todo y la indiferencia por todo; Felipe IV y su favorito marcados con el sello de los decaimientos sociales; Carlos II tan maltrecho y bajo y estéril como su imperio, devorado por el despotismo y la teocracia; tristezas infinitas, muy conjurables allí á cada paso por las familias flamencas del buen Porbus, tau subidas de colores como repletas de carnes, por las meninas jubilosas y los graciosísimos bufones encargados de divertir á las Infantas en el Retiro, por las *hermesses* bátavas donde fluye la cerveza y suenan los rabeles, por los niños de Sevilla que abrazan los corderos blanquíssimos ó escancian en madreperlas el agua de los manantiales andaluces, por el bienhadado y malicioso Van Dyck al mirar la bella y sana Duquesa de Oxford junto al hombro de su engañado marido, por los monumentos embutidos en mosaicos de cristal y por los canales llenos de purpurinas góndolas en los cuadros del Canaletto, por los toros y las tabernas y los sombreros y las jotas y las castañuelas y las majas y los majos de Goya, tipos los postreros que reúnen á la severidad majestuosa del celtibérico Aragón la sal picante de la heleno-semita Andalucía, y parecen, después de haberse reído hasta perecer en un sainete de D. Ramón de la Cruz, escuchar una oda filosófica de Quintana, y después de haberse arrastrado en las plantas del favorito Godoy en la hora de vender al extranjero España, levantarse regenerados, como redivivos al soplo de un espíritu superior, heroicos y sublimes, en la hipnotización celeste del martirio, para sostener la guerra titánica de nuestra independencia, peleando en Bailén y San Marcial, ó muriendo sobre las piedras de Madrid y Zaragoza y Gerona, en defensa de la libertad y de la patria.

#### IV.

Cuando se pueden ver, evocados á los conjuros del arte, todos estos prototipos vivientes, ¿qué valdrán los recuerdos conmemorados por nuestra pobre pluma? Sin embargo, los tiene Madrid á millones, y los tiene de cuando todavía no gozaba la capitalidad gloriosa del Imperio español, y no se había desasido del feudal pleito sustentado, dentro de su término, entre laicos y eclesiásticos por los bienes mostrencos, y fuera de su término, entre su concejo y el segoviano por aprovechamiento de pastos y fundación de pueblos. Madrid no pudo exentarse á la común superstición medioeval que atribuía de antiguo al tiempo y á sus largas tradiciones una ennoblecedora virtud, pues como los individuos buscaban timbres de nobleza con que realzar su escudo en símbolos recordatorios de retumbantes nombres y de hazñosas aventuras, los buscaban también los pueblos por medio de sus cronistas é historiadores, que ponían sus orígenes, en la sucesión del tiempo, allende la Torre de Babel ó el arca de Noé. Cuando los más creían arrancar de Túbal, antójase-

nos modesto Madrid arrancando únicamente de Nabucodonosor, no sabemos si antes ó después de haberse convertido en bestia. Mas el verde prado, ameno bosque y clara fuente que lo caracterizan; el puro aire, libre de malos vapores y molestos insectos, que lo anima; el cielo azul y espléndido, que lo esclarece; la cordillera multicolor, que lo airea y encanta, deben bastarnos á comprender cómo en todo tiempo tuvo crecida población bienhadada, y atrajo así reyes cual potentados y magnates sin cuento. Almanzor la prefirió en los descansos subsiguientes á sus asoladoras correrías, para los reposos del retiro. Alfonso VI juró en sus iglesias la toma de Toledo. Santo Domingo de Guzmán le dió comunidades sabias de predicadores. San Francisco de Asís plantó en sus campiñas árboles que fueran cual adornos del templo universal erigido por su misticismo á Dios en todo el Universo; conjuró á sus avejillas para que le ayudaran á entonar día y noche salmos en alabanza del Señor; sembró las flores cuyas corolas destinaba en su pensamiento á incensarios del altar, consagrado por sus intuiciones en segmentos del espacio; predicó, según su comunicación extática con todos los seres inmateriales y materiales, á las hormigas menos codicia, y á los buitres menos voracidad, y á los lobos menos fiera, creído de que debía persuadir al bien, no sólo el ánimo de los hombres, el ánimo de las demás criaturas, para que la redención de Cristo secase bajo su cruz hasta las raíces del mal en la creación y apagase por inútiles y ociosas las llamas del infierno. Y como todo pueblo rico en ventajas y privilegios naturales, acertó Madrid á sumar con éstos las excepciones políticas, llamadas entonces privilegios, á que llamamos hoy, con mayor propiedad, por extensivos á todos, fundamentales derechos. Así, aquellos sus habitantes, clasificados por el fuero suyo en vecinos y herederos y moradores y albarranes, con los que por tal sazón á una convivían muchos mudéjares, en su mayor parte albañiles, así como muchos judíos, en su mayor parte mercaderes y médicos y boticarios, todos ellos adelantados y jurados, con significación muy popular, no solamente acudieron á la reconquista de Toledo bajo Alfonso VI; acudieron al sitio de Alcalá, donde habian de renacer, dos siglos más tarde, bajo Sancho IV, las ciencias; acudieron al sitio de Cuenca, que coincidiera con la entrada del brazo popular en las Cortes; acudieron acompañando los reyes, todos peninsulares, á las Navas de Tolosa, donde triunfó Europa sobre África, para siempre conjurada, y la Cristiandad Occidental sobre la Morisma y el Korán. Así, no debe maravillarnos que se tomase aquel pastor, guía del ejército cristiano en los agrios desfileros del puerto de Muradiel, á cuya sabia dirección se atribuye la victoria, por lo cual campea su simulacro en el altar mayor de la catedral toledana desde el siglo décimotercio, por San Isidro Labrador en persona, por aquel bueyero muerto un siglo antes, patrono, con su arado y su yunta y su pincho y su zurrón, de este pueblo preferido y habitado por los poderosos del mundo. Lo cierto es que Fernando III tomó desde Madrid sapientísimas disposiciones sociales y amplió sus fueros antiguos; que Alonso el Sabio completó éstos con su progresivo Fuero Real, donde ya germinaban las Partidas; que Sancho IV quiso descargar en sus iglesias aquellos remordimientos que le atenaceaban las carnes á la hora de su muerte, por haber desacatado al padre inmortal que le diera el cielo, y desceñidole de su corona para





LA CUCANÁ.—CUADRO DEL SR. OLIVERA RODRÍGUEZ.



ceñírsela él, quien, desde tal crimen, ya no tuvo reposo, y sintió abrasársele las sienes como si las hubiera puesto en contacto con un hierro candente, hasta morir cual si le consumiase aqueña la eternidad ya el eterno fuego. Pero el principio monárquico empezaba en aquella sazón á levantarse más erguido sobre los demás principios de la Edad Media, y á concentrar las fuerzas que le habían prestado sus combates gloriosos y su alianza estrecha con el estado llano. Así, no debe maravillarnos que bajo Alfonso XI se transformara el concejo semifeudal antiguo en un ayuntamiento más arrimado al trono, y por tanto, más desasido de las tristes anarquías señoriales. Verdadera lástima, sin embargo, que un monarca tan de su tiempo como el oncenso Alonso, fundador del Ayuntamiento de Madrid, y autor del Ordenamiento de Alcalá, jalones puestos en el camino que llevaba de suyo á la unidad interior del Estado, cayera en la gravísima falta de hacer sus amores con D.<sup>a</sup> Leonor de Guzmán un asunto político y de donar á esta impúdica madre de los bastardos Trastamaras el cuantioso y extenso Real de Manzanares, causa de tantos litigios entre los madrileños y los segovianos en toda la Edad Media. Pero bien pronto aquellos amores tuvieron un castigo, cuando, muerto el adúltero monarca, la mujer desdeñada mató á la querida, infundiendo por esta muerte violenta en sus hijos un odio tal á la vengadora, y á su hijo D. Pedro I, que no descansaron hasta rematarlo en los campos de Montiel, y recluirlo en humilde cercana sepultura, de donde lo recogió la piedad de su nieta D.<sup>a</sup> Constanza, encerrándolo en aquel desaparecido Santo Domingo de Madrid, por cuyas paredes había visto el asesinado sus alucinaciones convertidas en sombras y por cuyos pavimentos las sepulturas abrirse para devorarlo y levantarse los esqueletos contra él, con huesos por armas, como en verdaderos aquelarres. La madre Abadesa, magüer su cuna y su sangre regias, no pudo al buen abuelo consagrar sino modesto túmulo, dos siglos más tarde magnificado por los Reyes Católicos, de igual manera que el célebre de D. Alvaro en la capilla toledana del Condestable, honrando así la revolución monárquica por ellos condensada y perfeccionada verdaderamente, aquella revolución en que habían representado la profecía y el presentimiento los reyes Alonsos VII y VIII, la idea doctrinal el Rey Sabio, la idea orgánica el Ordenador de las leyes castellanias en Alcalá, el terror Pedro I, y de que había sido, bajo el padre de D.<sup>a</sup> Isabel, como un bautista el gran Maestre, descabezado sobre un patíbulo en el Ochavo de Valladolid, por haber querido anticiparse á los tiempos y realizar en el espacio prematuramente una idea, no bien madurada todavía en la conciencia.

## V.

La dinastía de los Trastamaras en parte alguna demostró su carácter feudal como en este Madrid, por la Providencia destinado, en la sucesión de los siglos, á un objeto tan grande y trascendente como ser el santuario de principio en su naturaleza intrínseca opuesto al principio feudal, del principio monárquico puro. El perturbador y reaccionario D. Enrique de Trastamara, cuya victoria sobre D. Pedro no pertenecía en realidad á él, sino á la oligarquía nobiliaria y

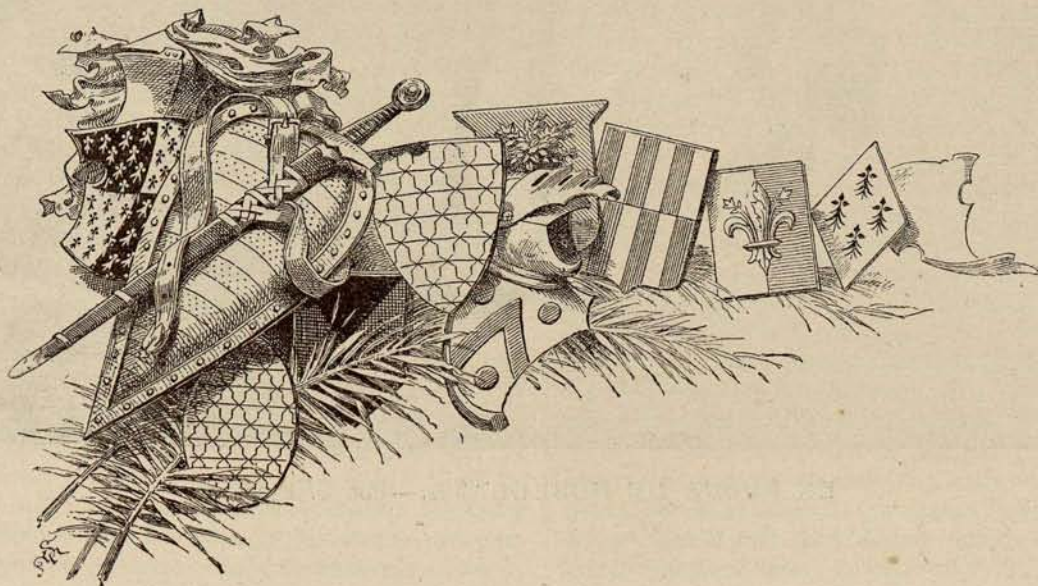
aristocrática por él representada, dejó, en la serie de los tiempos y de los reyes, su trono, vacilante y combatido, á D. Juan I, caballeresco y audaz, pero también aturdido y sin ventura. Tres cosas distinguieron su reinado de los demás: primera, las fiestas, en que alardeaban los nobles fingidas algaradas, con objeto y fin de ocultar, bajo los divertimientos caballerescos, las amenazas bélicas; segunda, las guerras por herencia tan pingüe como Lusitania, que creyó, según el enlace contraído con una princesa lusitana y el empeño puesto en amparar al infante portugués D. Juan, su cuñado, tocar ya, y se le desvaneció en los funestos campos de Aljubarrota; tercera, el recrudescimiento y encono de la influencia nobiliaria, exaltada por la continuación en aquellas mercedes á las cuales el solio se iba desvaneciendo y la corona menguando, mientras las ladroneras de los castillos crecían por extraño modo y remataba la cumbre de aquella sociedad el casco y la cimera, generando con la debilidad incurable del Estado arriba incurables desórdenes abajo, y tras ellos la consiguiente anarquía. El ejemplo de lo hecho por D. Juan I con Madrid, cedido, tierra de realengo, á un potentado, mostrará con demostración irrefragable tan triste carácter de aquella edad luctuosa y de aquella combatida monarquía. Ninguna, entre todas las instituciones análogas de aquella sazón y tiempo, tan apartada, no sólo de su índole intrínseca, por su posición geográfica, de todo conflicto en el Oriente, no ya de Asia, de Europa misma, como la Monarquía castellana. Y, sin embargo, las aparatosas costumbres de la corte del rey D. Juan, sus larguezas incalculables, el derroche de favores y mercedes, la desmesurada esplendidez, condujéronle á erigir en coto feudal este Madrid de realengo, y donarlo, cual pudiera donar un predio, á magnate traído por esta donación á nuestro suelo, y que se diría bajado de las nubes por arte de birlibirloque ó por obra de milagro. Allá en los ingresos del Asia, hay un territorio, célebre y celebrado, á causa de haberse detenido en su más alta montaña, en el Ararat, el Arca de Noé. Hábeis nombrado seguramente Armenia. Pues bien; esta región, colocada entre los musulmanes, apoderados de casi todas sus fronteras y en parte del territorio suyo, y los griegos próximos á dejar bajo la cimitarra turca su Constantinopla, padecía de los subvertimientos frecuentísimos allí donde reina un perdurable conflicto. Nada menos que un todopoderoso señor, el Soldán de Babilonia, tenía encadenado á León V de Armenia, quien, poco resignado á cambiar el trono por el cautiverio, enviaba legado tras legado á Europa, en demanda y requerimiento de auxilio. No hay para qué decir cómo á estos impertinentes ruegos opondrían los rogados oídos de mercader, y cómo se libertarían todos los monarcas de tan inoportunas rogativas. Pero llegó á noticia de los armenios que había en Occidente un monarca, tan largo en dar mercedes como corto en recoger prerrogativas, y de un esplendor oriental desconocido hasta en Oriente, pues distribuía sin tasa y sin medida los adornos mejores de su espléndida corona y los más preciados vínculos de su regio patrimonio. Con efecto, en Medina del Campo se presentaron, y allí obtuvieron audiencia de D. Juan, quien, apenas notificado del ruego, pidió á Babilonia, con grandes encarecimientos, la libertad del cautivo. Y como dádivas ablandan peñas, los ruegos, ayudados por los presentes, movieron la voluntad soberana del



Soldán; y un día, cuando pasaba el Rey de Castilla por Badajoz, en rápida correría, descolgóse allí el Rey de Armenia, y no sabiendo aquél qué hacerse con este semimoro, á pesar de su crisma, ni qué cosa regalarle para su mantenimiento regio, por no desmentir su carácter atávico de dadivoso, como buen hijo de D. Enrique el de las Mercedes, le regaló Madrid y sus habitantes, como pudiera regalarle una finca con todas sus dependencias y todos sus ganados. No pareció de perlas á los madrileños, pues amén de haberse resistido cuanto pudieron y héchose confirmar por el donante y el regalado sus libertades, así que murió D. Juan I en Alcalá de golpe recibido, al caer bajo trotón desbocado, marchóse á París en demanda de auxilio, y allí acabaron obscuramente sus desastrosos días. Madrid, á pesar de todo esto, alcanzó y conservó en el siglo décimoquinto una grande influencia. Enrique III la prefirió entre todas las poblaciones de su reino y le confió la guarda de su tesoro. Un día el gran Tamerlán de Persia envió una embajada con muchos regalos, entre los que había dos damas, quienes tomaron católicos nombres, Angélica y Maria, uniéndose con caballeros españoles, cuya descendencia todavía en Segovia subsiste; y natural de Madrid fué Clavijo, el enviado á la Mongolia por Castilla entonces, quien compitiera con Marco Polo en relator de aquellas tierras orientales, á cuyos espejismos despertáronse alucinaciones verdaderamente sobrehumanas, merced á las que todas las aguas del planeta se vieron desfloradas por las quillas iberas, que dieran al cabo con las Indias orientales y occidentales, evocando el olvidado, aunque inolvidable, Oriente, y trayendo al escenario de nuestra Historia y al seno de nuestra vida, por una especie de adivinación milagrosa, el nunca visto, ni aun siquiera imaginable, Occidente. Y fué creciendo con todos estos privilegios Madrid, hasta parecer en los dos rei-

nados de Juan II y Enrique IV la capitalidad verdaderamente definitiva ya de nuestra España y la corte asentada ya de nuestros reyes absolutos. Aquí se proclamó mayor de edad el rey D. Juan II; aquí D. Álvaro de Luna justó en el sitio que, por tal recuerdo, se llama calle de la Justa, y en el declive de la vega célebre; aquí vino, en busca de auxilio para Francia contra Inglaterra, la Embajada famosa, que se asustó viendo en la primera grada del trono un león tendido que movía la cola y enseñaba los dientes; aquí el Arzobispo Fonseca, en cenas dignas de Sardanápalo, regalaba sortija de precio á cada convidado en las áureas bandejas donde se lavaban los dedos; aquí Beltrán de la Cueva sostuvo en la entrada de El Pardo, unas doce horas seguidas, luchas singulares por su adúltera dama regia, y erigió, en conmemoración de aquel voto, San Jerónimo sobre las colinas del Prado; aquí nació la Beltraneja, tan costosa y nefasta para todos; aquí se golpearon un día, en público, la Reina, mujer de D. Enrique IV, y D.<sup>a</sup> Guiomar, dama principal, decidiéndose por aquélla el Arzobispo de Sevilla y por ésta el Marqués de Villena, en intrigas semejantes á batallas; aquí fué recibido, como heredero de la corona y Príncipe de Asturias, el Infante de Portugal, nieto de los Reyes Católicos, Miguel, cuya vida debió coronar la hispana unidad, retrasada y á la postre perdida por su temprano malogro; aquí se juntaron las Cortes dos ó tres veces, bajo el poder de D.<sup>a</sup> Isabel I, que tuvo su maestra en la sabia Latina y su defensor acérrimo en el heroico artillero Ramírez; aquí Cisneros constituyó el centro de sus operaciones contra la nobleza, turbulenta siempre; aquí se consagró la Monarquía una, que no pudo fijarse sino después de haber visto en el cielo bien clara su estrella y haber clavado con fortuna la rueda de su destino en el mundo.

EMILIO CASTELAR.







EN BUSCA DE HOSPEDAJE.—POR F. FLAMENG.



# EL BURRO

Quien lee alguna de esas tarjetas donde se ven estampados cinco ó seis nombres y una cáfila de apellidos, no se figura que el sujeto designado en ella sea una simple persona (aunque bien pudiera ser persona simple); sino todo un personaje de los de cuerpo entero, muy considerable, empingorotado y magnífico. Porque es añeja costumbre entre monarcas, príncipes y grandes señores la abundancia de apelativos; mientras hay enjambres de pobretes que, amenguados y disminuídos en todo por su poquedad y miseria, apenas se atreven á llamarse Juan ó Pedro.

No pertenece á tal grupo mi héroe, sino á la primera categoría; pues además de los muchos nombres que en todos los idiomas tiene, sólo en el nuestro posee varios, y no poco altos, sonoros y significativos, como asno, burro, borrico, pollino y jumento, que pedir más es gollería, fuera de los singulares apelativos que por su corpulencia, pelo y cualidades suelen aplicársele, como el *Machote*, el *Rucio*, el *Carrancón*, etc., etc. Así, desde los tiempos más remotos, sucede con los semidioses, caudillos, héroes y príncipes; pues vemos que Homero dice: Aquiles el de los *pies ligeros*, Nestor el *Prudente*, Ulises el *Astuto*; Virgilio habla de Eneas el *Piadoso* ó *Pio*; Tasso, del *soberbio* Argante y el *animoso* Tancredo; y dejando aparte poetas y poemas, vemos que la misma historia nos relata hechos de Solimán el *Magnífico*, de Ruy Díaz el *Campeador*, de D. Fernando el *Santo*, y hasta de D. Sancho el *Gordo* y de D. Enrique el *Impotente*. Y para mayor semejanza con personajes tan ilustres, también el asno tiene su abolengo indiscutible y antiguo; y aun sobre su cuadra ó pesebre podría colocar aristocrático escudo de armas, figurando en campo verde una hermosa albarda, partida en cuatro cuarteles por dos varas de arriero cruzadas: en cuyos mencionados cuatro cuarteles lucieran otras tantas pezuñas, y coronado todo ello, á guisa de emplumado yelmo, por un par de colosales orejas.

De la misma Asia, grande y fecunda madre de hombres y dioses, procede el asno, que en tiempos bíblicos fué llevado al Africa, donde se multiplicó y propagó como las hierbas del campo y los prestamistas de Madrid. De Asia y Africa fué llevado á las demás partes del mundo, singularmente á entrambas Américas, donde lo introdujeron los españoles con el carnero, el cerdo, la vaca y el caballo. En su

estado salvaje es grande y fuerte: llámase *onagro*, y la esbelta y pintada *zebra* es una variedad suya. Pertenece á la familia de los solípedos, orden de los paquidermos, clase de los mamíferos. Tiene 12 muelas, ocho dientes incisivos y dos caninos en cada quijada: total, 42. La preñez de la burra dura doce meses, pues la naturaleza necesita tomar tiempo suficiente para producir sus obras maravillosas. Físicamente el burro es más robusto que el caballo: padece menos enfermedades; requiere menos alimento y cuidado; sufre mejor las privaciones y las fatigas; le aventaja en el alcance de la vista, en la finura del oído, y en la firmeza y seguridad con que anda por escabrosos lugares sobre piedras movedizas y entre horrendos precipicios. Moralmente es un conjunto de virtudes: siendo utilísimo para el hombre, sufre sus malos tratos con ejemplar humildad y paciencia: su sobriedad es la sátira de nuestra gula; su mansedumbre contrasta con nuestra soberbia; su trabajo incesante, con nuestra pereza y holganza.

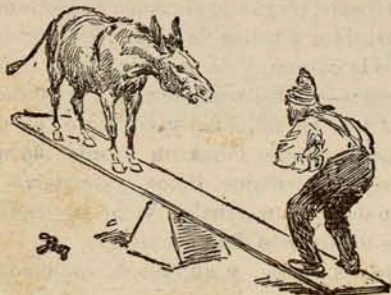
Hasta su natural gravedad le da cierto aspecto de filósofo pensativo y melancólico, de que no saca ventaja alguna; mientras numerosos individuos de la familia humana logran elevadas posiciones y pingües beneficios con sólo imitarle en esta gravedad, que ante ojos vulgares parece seguro indicio de vasto saber y consumada prudencia. Mas no por ser tan serio y silencioso deja de ser expresivo; al contrario, lo es, y en grado altísimo y sorprendente, cuando le inflama el amor y en el triste camino de su vida encuentra á su compañera. Vedle agitar como abanicos entrambas orejas, y rechuparse los labios, como quien saborea un manjar exquisito: con la flexible cola azota sus costados á guisa de disciplinante; vase acercando poquito á poco á su hembra, huélela por la popa, y entonces sonríe, plegando el hocico y mostrando una caja de dientes parecidos á teclas de piano: en seguida mueve á un lado y otro la cabeza, y la levanta hacia el firmamento, como si dijese:—«Caballeros, de aquí á la gloria.» Y para publicar *urbi et orbi* su felicidad y contento, con la sonora trompeta de sus pulmones lanza una formidable rebuzno, adornado de escalas, altibajos, jipios y *fioritures*, á que no le gana el relincho de ningún caballo, y de que debieran avergonzarse todos los tenores del universo.

El burro es el caballo del pobre, y aunque de inclinacio-



nes pacíficas, también ha servido para los combates cuando el hombre, violentando su naturaleza, lo ha llevado á luchar entre los peligros y estruendo de las armas. Así los guerreros de la Mesopotamia, Asiria y Persia lo emplearon, y también los caudillos del pueblo hebreo. Meruan, califa de Oriente, fué apellidado el *Asno* por su robustez y valor; y aunque príncipe victorioso, llevaba ufano y con orgullo tal sobrenombre, de que hoy cualquiera chupacharcos se abochorna y ofende. Jacob llama, en son de alabanza, «Asno Fuerte» á su hijo Isaac; y algunos autores han apellidado á San Agustín el «Asno de la Iglesia», por su constancia en el trabajo. En las comarcas de Oriente, y en todos los países cálidos, es donde el burro alcanza su mayor fuerza y corpulencia y también su mayor estimación: como leemos en la Biblia, reyes, príncipes, patriarcas, profetas, caudillos y jueces lo usaron por la mejor cabalgadura: Abraham, Saúl, Abigail, David y sus hijos, la Sulamita y los santos profetas lo empleaban en sus viajes: el libro de Judit menciona á un señor que tenía la friolera de 40 hijos y 30 nietos, cuya familia caminaba sobre 71 burros, amén de los que llevaban para conducir el agua y los comestibles, con lo que formarían la más lucida cabalgata. Job, entre sus muchas riquezas, poseyó 500 burras, y no sé cuántos pollinos: en la antigua Tesalia se pagaron algunos de estos animales á 70.000 sextercios, y cuatro de los más robustos y hermosos se vendieron en 400.000. En Roma no era raro dar por uno solo de 1.000 á 2.000 pesetas, según el valor actual de la moneda. La hermosa Poppea, mujer del emperador Nerón, tenía 600 burras, y hasta mandaba conducir las en sus viajes para bañarse á diario en su fresca leche, y conservar la suavidad y blancura de la piel, que brillaba como el raso; lo cual no estorbó que su imperial marido la matase de una gran patada en el vientre; pues las coces de tan ilustres personajes deben de ser terribles, como de mulo manchego.

Baco y Vulcano, dioses del gentilismo, acudieron en asnos á la batalla contra los gigantes, y en asno fué el primero á la famosa conquista de la India: en asno cabalgaba el profeta Balaam, cuando el animal se detuvo, y con palabras severas le reprendió su conducta, no hablando de memoria como los loros, que repiten lo que oyeron sin enterarse del concepto, sino como podría expresarse el más sabio de los siete sabios de la Grecia. Y sin necesidad de acudir á tan lejanas antigüedades, pues abundan escépticos que las niegan, alegando la incertidumbre y nieblas del largo tiempo transcurrido, aseguro, bajo palabra y fe de hombre honrado, que yo he visto leer á un burro, con sus grandes gafas caladas, y puesto ante un atril, donde había un libro abierto, al que miraba con notable aplicación y fijeza. Ciertamente el animal no pronunciaba ningún vocablo; pero supongo que leería para sí, y también que sacaría no escaso fruto de la lectura, según su aspecto inteligente y reflexivo. Nadie podrá negar que en muchos circos hay «burros sabios», que entienden de aritmética, distinguen de entre las mujeres del concurso cuáles son las



más feas y las más bonitas, las más viejas y las más jóvenes, abarcando así dentro de su caletre ciencias y artes, y haciendo otras mil habilidades ingeniosas, que dejan á los espectadores maravillados y plusquamperfectos.

Mas ¿á qué extrañar cosas tales, habiendo en España provincias, como sucede en la de Córdoba, donde los mandan á estudiar, y suelen oirse diálogos por estilo del siguiente?

—Tío Fulano, esta tarde vamos de merienda á la huerta grande varios amigos. ¿Podría usted alquilarnos cuatro ó cinco burros?

Y el tío Fulano responde con el mayor aplomo:

—Lo siento. Hoy no puede ser, porque los he mandado á estudiar, y no volverán hasta la noche. Si mañana sirven, estarán listos.

Declaro que al oír por primera vez semejante diálogo me quedé confuso y lleno de curiosidad. ¿Sería un guasón el tío Fulano, que se burlaba de nosotros? Y de otra manera, ¿qué burros tan inteligentes y aplicados eran aquéllos? ¿qué ciencia ó arte aprendían? ¿con qué libros y bajo la disciplina de qué maestro?.... Después me informaron de que, para ahorrarse piensos, envían los dueños sus burros al campo, á que allí se alimenten de las hierbas que hallan, y á esto le llaman *estudiar*, y está bien llamado; que no es flojo ni fácil estudio el de buscarse la vida. Millones de hombres nacen, crecen, envejecen y mueren sin haberlo entendido jamás; pero el asno, desde la primera vez, lo comprende y practica. Y luego le tachan de torpe y romo. ¡Injusticias del mundo!

Mas no todos le motejan y ofenden; pues Aristóteles, Plinio y Marco Varrón, entre los antiguos, y el magnífico caballero Pedro de Mexía, el Conde de Buffón y otros muchos, entre los modernos, elogian sus altas prendas y excelentes virtudes, como función de desagravios por las injurias y malos tratamientos con que á menudo le menosprecian y abruma.

El jumento no rabia jamás, como el perro, el gato, el cerdo, la rata y otros animales: se alimenta con poco, trabaja mucho, es robusto y dócil, acémila y cabalgadura; su hembra nos proporciona la leche más fresca, y semejante á la de mujer; por esto, desde antes que amanezca, sale una legión de burras por las calles para curar y alimentar á los acatarrados y tísicos de Madrid. Como éstos beben acurrucados en su cama el néctar saludable y espumoso que les sirven desde el portal, ni siquiera conocen á sus amas de leche; aunque si las conocieran, ¡ingratos! ni aun las saludarían al encontrarlas por plazas ó plazuelas, calles ó callejuelas. Si durante su vida es utilísimo para los hombres el asno, sigue siéndolo también después de muerto; pues de su piel se hacen cribas, tambores, vainas de espadas y sables, zapatos, asientos, estuches, grandes carteras, forros de libretos y baúles, y hasta cubiertas impermeables de tiendas, muy estimadas por los árabes vagabundos. De parte de su cuerpo se extraen las mejores gomas y colas; de sus huesos se hacen botones y otros mil objetos; y si no comemos sus carnes, más bien que por otro motivo, es por falta de costumbre, como sucede con los canarios, ruiseñores, loros, guacamayos, pericos, etc. Al decir que no se come la carne del burro, pareceme que hablé muy de ligero, y que si tuvieran voz y palabra los chorizos, longanizas, salchichones y toda suerte de embutidos, singularmente los





LA FLOR DEL HARÉN.—POR POPP.







llamados *económicos*, y aun muchos picadillos y chuletas, posible es que impugnaran mi aserto, probándome como dos y dos son cuatro, que la tal carne se guisa, traga y digiere por millares y millares de individuos, no pocas veces disfrazada y oculta bajo doble ó triple envoltura de papel plateado y con la salvaguardia de nombres extranjeros y precios considerables. En circunstancias calamitosas, no sólo se ha comido á sabiendas, sino que se ha pagado por fabulosa manera; durante el asedio de Samaria, cercada por el rey de Siria, llegó á valer 800 monedas de plata una cabeza de asno. Aunque tales monedas de plata equivaliesen á las modernas de á real, que son las menores, ya es bastante dinero. Sitiada otra ciudad por el famoso Artajerjes de Persia, se vendieron cuartos de burro á 70 dracmas, y á 15 dracmas las raciones. En Sagunto y Numancia, y modernamente en Zaragoza y Gerona, sucedió cosa muy parecida, pues no quedó burro en tales poblaciones y algunas leguas á la redonda, que no fuese pasado á cuchillo y á diente, proporcionando sustento á los heroicos defensores. Y es tradición no desmentida que ninguno de éstos rebuznó, ni advirtió que le creciesen las orejas, á pesar del mencionado alimento.

Mas ¿qué mucho que haya servido á veces para sustento de hombres, si también como medicina sirve para curar, ó aliviar cuando menos, sus dolencias y enfermedades? Porque, según antiguos autores, el hígado de asno, cocido con romero y tomado en ayunas durante algunos días, tiene grande eficacia contra el mal caduco ó gota coral; sus cascos, hechos polvo finísimo y disueltos en leche, son antivenenosos y antipútridos: mezclado este polvo con miel, cura la disenteria: cocido con leche y salvia, alivia las irritaciones de los ojos; y si fuese á seguir enumerando cuantas excelencias y virtudes le atribuyen nuestros antepasados, sería tarea por extremo prolija y poco menos que interminable.

Por lo cual no podía dejar de ser tratado en la literatura, las artes y la historia. Apuleyo escribió su celeberrimo *Asno*, que la posteridad comparó en valía con el oro mismo, y así le llamamos hoy *El Asno de Oro*, libro donde se describen las aventuras y malandanzas del metamorfoseado Lucio, y que no contiene menos doctrina que los *Versos áureos* de Pitágoras; los pintores y escultores medioevales representan

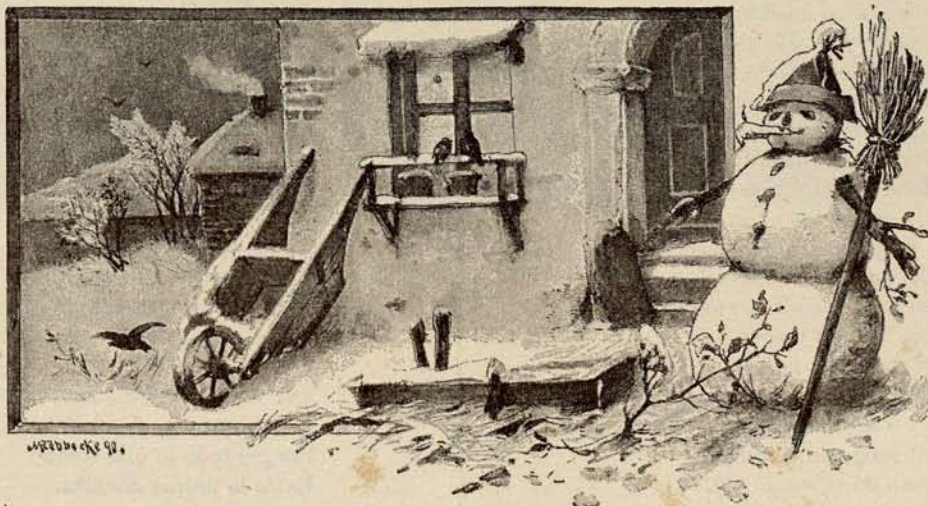
la figura del asno como emblema y símbolo de la sobriedad y mansedumbre; La Fontaine y Samaniego le tomaron por héroe de sus fábulas; Julio Janin publicó, en 1829, su novela *El Asno muerto, ó la Mujer guillotizada*, que tanto llamó la atención pública; el pintor Décamp fué premiado por su admirable cuadro *Los Asnos de Oriente*; y buriles y cinceles, á competencia, han inmortalizado el asno de Sileno y el rucio de Sancho Panza. La Historia Sagrada nos dice que con una quijada de asno se cometió el primer homicidio: con igual herramienta mató el forzado Sansón mil filisteos; aunque rebajásemos los muertos á la mitad, y aun á la décima parte, quedando en ciento, siempre resultará una quijada extraordinariamente funesta y varios carros llenos de cadáveres.

Puede estar orgulloso el caballo por haber existido un *Belerofonte*, un *Bucéfalo* de Alejandro, un *Babieca* del Cid; y, en las regiones de la fantasía, el *Rocinante* de D. Quijote, superior á todos ellos; pero el burro tiene mejores papeles, como suele decirse, y títulos más altos y valederos para nuestra estimación y alabanza. Porque él, con la mula y el buey, acompañó en el establo de Belén á la misma Virgen, y fué testigo del nacimiento de Jesús, cuyos miembros tierrecitos calentaba con el vaho de su aliento; sirviéndole después de cabalgadura en la huida á Egipto, cuando el tunante de Herodes se propuso no dejar un chicuelo vivo en la capital, ni en diez leguas á la redonda; y, por último, conduciéndole sobre sus lomos para la triunfal entrada en Jerusalén, mientras la muchedumbre popular cubría de flores el suelo, y las puertas y ventanas y miradores, de palmas y guirnaldas, exclamando á voces con júbilo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna al que llega en nombre del Señor!»

Si algún otro animal existe que se crea con mejores títulos para nuestra estimación y afecto, que levante el pico, el cuerno, la pezuña, ó lo que fuere, en señal de protesta; pero mientras tanto, ninguno podrá negar, ni aun poner en duda un solo momento, las altas dotes, insignes, excelencias y borricales virtudes que dejo mencionadas. Vale.

NARCISO CAMPILLO.

San Vicente de la Barquera.





# EL TÍO CASCOTE

## MONÓLOGO

Un primer contribuyente  
 Del Lugar, robusto, sano,  
 Servicial y campechano  
 Hasta la pared de enfrente;  
 Que á cualquiera da un consejo;  
 Que cree en el Purgatorio,  
 Y que acude al consistorio  
 Cuando tocan á concejo;  
 Que respetando las leyes  
 Vive contento en su hogar,  
 Sólo pensando en cuidar  
 Sus terrones y sus bueyes,  
 Sin importarle un pepino  
 Del rey ni el *gobernaor*,  
 Para hacer siempre un favor  
 Á cualesquiera vecino;  
 Que anda mucho, aunque no corre,  
 Porque no quiere correr,  
 Ni mucho menos perder  
 Jamás de vista la torre  
 Que siempre tuve delante,  
 Que me vió nacer, vivir  
 Y que ha de verme morir  
 De seguro, Dios mediante.  
 No pienso subirme al tren  
 A no parar en demente,  
 Que aquí vivo felizmente,  
 ¡Ya lo creo! y más que bien.  
 Me levanto á buena hora,  
 Pues en invierno y verano  
 Ya estoy en pie muy temprano,  
 Casi al despuntar la aurora.  
 Saludo á mis labradores,  
 Que alegres y bullangueros  
 Preparan bueyes y aperos  
 Para empezar sus labores;  
 Y al marcharse á su trabajo,  
 Lleno de satisfacción,  
 Cómo un trozo de jamón,  
 Un cuenco de sopas de ajo,

Bebo una jarra de vino,  
 Que en aquel momento llega  
 Fresquito de la bodega,  
 Y ya se pone en camino  
 Como un reló el tío Cascote,  
 Á ver cómo están las reses,  
 Ó á ir recorriendo las mieses  
 Apoyado en un garrote.  
 Aquí miro una labor,  
 Allí subo una cañada,  
 Acá echo una parrafada  
 Con un gañán ó un pastor,  
 Sobre si el trigo se da  
 O si el ganado anda así;  
 De si hay liebres por aquí,  
 Ó hay perdices por allá;  
 Y en tan franca compañía  
 Paso toda la mañana  
 Hasta que da la campana  
 El toque de mediodía.  
 Entonces, no hay más que hablar,  
 Me vuelvo á casa derecho  
 Y me siento satisfecho,  
 Con un hambre regular,  
 En mitad de la cocina,  
 Donde pongo un taburete,  
 Á comerme un pucherete  
 Con su jamón, su gallina,  
 Garbanzos de buena ley,  
 Un buen trozo de carnero,  
 Chorizo, en fin, un puchero  
 Como no lo come el rey;  
 Bebo vino del mejor;  
 Cómo, hasta ponerme ahito,  
 Porque tengo un apetito  
 De los de marca mayor.  
 Y lo que más me aprovecha  
 Es ver que soy Juan Palomo,  
 Porque todo lo que como  
 Es de la propia cosecha.



Después mis ratos felices  
 Son andar de cerro en cerro  
 Con la escopeta y el perro  
 Persiguiendo las perdices.

Y si hay caza por allí  
 No desaprovecho el día;  
 Tengo alguna puntería  
 Y no tiro porque sí.

Salto zanjas, subo oteros,  
 Cruzo prados, olivares,  
 Trigos, huertos, tomillares,  
 Rastrojeras y senderos.

Recorro el llano y el monte  
 Llenos de luz y alegría,

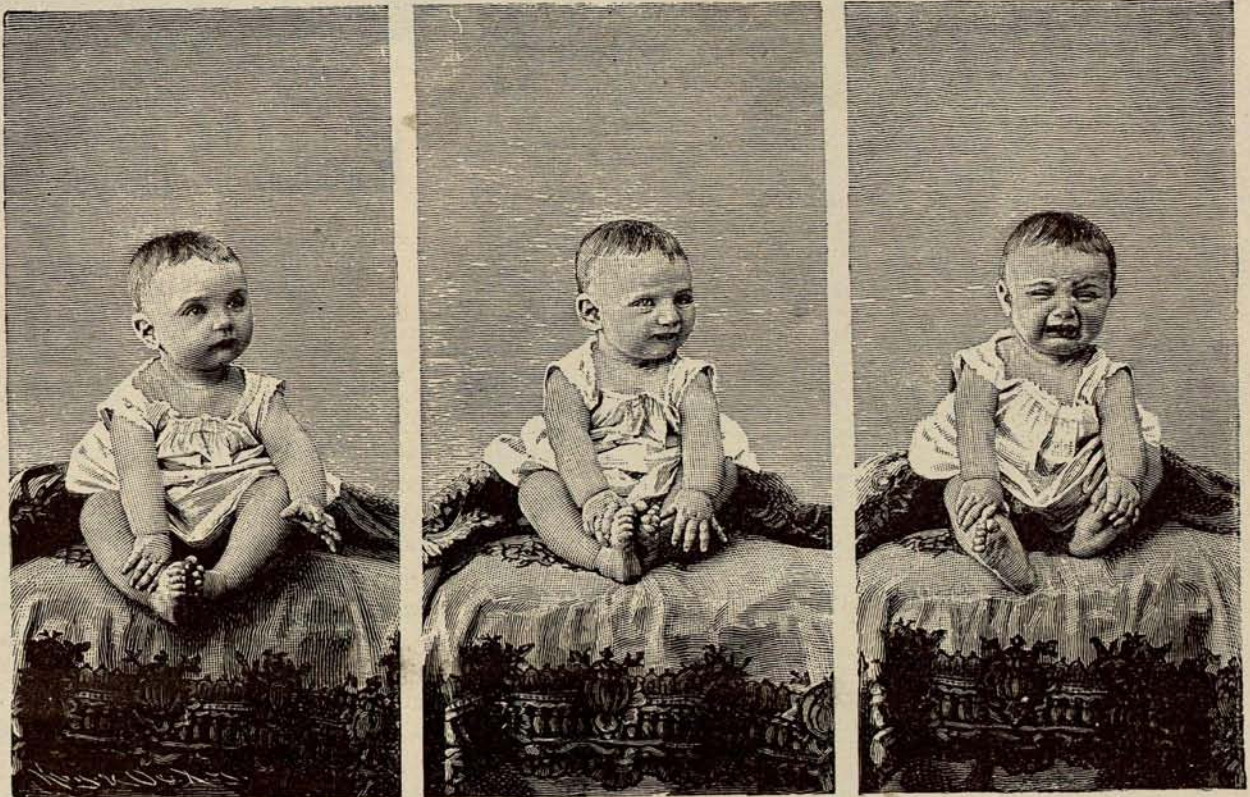
Hasta que el astro del día  
 Se oculta en el horizonte.

Hago la última descarga;  
 De la campana oigo el son,  
 Y murmuro una oración,  
 Ni muy corta ni muy larga.

Y más tieso que un varal  
 Entro en casa anochecido,  
 Muy contento, aunque rendido  
 Con el peso del morral.

Y con tanta ocupación  
 Voy cogiendo á manos llenas  
 Sangre muy rica en las venas  
 Y aire puro en el pulmón.

RICARDO MONASTERIO.



PARA TODOS LOS GUSTOS.—(De fotografías instantáneas.)





## MEMORIAS DE UN SOLTERON

I.

Á LOS VEINTE AÑOS.

Soy uno de los mortales más felices de la tierra.

Acabo de cumplir cuatro lustros: he terminado el estudio del Derecho; puedo llamarme juriconsulto, y en virtud de esto—y de mi formalidad—la persona que ha administrado mi patrimonio en calidad de tutor desde que en temprana edad quedé huérfano, me ha hecho entrega de cuanto me pertenece.

—Eres todo un abogado, Juanito—me dijo ayer entrando en mi cuarto cargado de papeles y de billetes de Banco;—tienes juicio y bastante experiencia del mundo: así, aunque no seas todavía mayor de edad, deseo que en lo sucesivo administres tus intereses.

—Pero, tío.....—exclamé atónito y maravillado.

—Te juzgo digno de la confianza que de ti hago, y estoy seguro de que corresponderás á ella. — Ven acá, pues; entérate bien de lo que tienes, y ya verás cómo durante mi tutela he conseguido aumentar considerablemente lo que heredaste de tus mayores.

El buen señor se sentó delante de una mesa, y por espacio de tres horas me puso al corriente de todas sus cuentas, con una minuciosidad y un afecto verdaderamente extraordinarios.



Luego me dirigió el discurso siguiente:

—Como ves, eres rico, Juanito: tienes tres casas en Madrid; tierras de pan llevar en Arganda y Ciempozuelos; cincuenta y dos acciones del Banco de España, y otros valores depositados en el mismo: total, unos catorce mil duros de renta.—Conociéndote como te conozco, estoy seguro de que no malrotarás tu patrimonio. No te cases todavía; eres demasiado joven para el matrimonio, y antes debes conocer bien el mundo..... y las mujeres.

Dicho esto, me dió un fuerte abrazo, me apretó la mano, y con los ojos llenos de lágrimas se alejó de mí el pobre hombre, dejándome sorprendido, atónito de lo que acababa de saber.

¿Con que soy rico? ¿Con que tengo catorce mil duros de renta? ¿Con que puedo disponer de ellos á mi antojo?

¿Qué haré?—Lo primerito comprar caballos y coches para pasearme por el Prado y la Fuente Castellana: después tomar una casa mejor y amueblarla de modo conveniente.

Los trastos que tengo aquí son antiguos y miserables: es menester colocarme á la altura de mi posición. Necesito un ayuda de cámara, en lugar del criado que ahora me sirve; una cocinera de primer orden, para obsequiar á mis discípulos y amigos con almuerzos y comidas dignos de ellos; en fin, también es indispensable una planchadora buena que cuide de mi ropa blanca.

No va á ser floja la tarea de encontrar servidores aptos..... y fieles; es decir, que no me roben mucho, porque estoy seguro de que siempre me robarán.

## II.

### CINCO AÑOS DESPUÉS.

Soy el hombre á la moda: mis trenes llaman la atención en todas partes, y mis amigos—y sobre todo mis enemigos, porque ya los tengo—procuran imitarlos.

He montado mi casa con lujo, y más que nada con buen gusto.—Tengo cocinero francés, *valet de chambre* inglés, y cochero español.

Raro es el día en que no siento á mi mesa media docena de personas, que ponen en las nubes mi Vatel, juzgan exquisitos mis vinos, y deliciosos mis cigarros.

Es natural: estómagos agradecidos, que en cuanto hayan hecho la digestión me quitarán el pellejo.

Hasta ahora no gasto un céntimo más de mi renta, que ha aumentado con recientes modificaciones y reformas.

En lugar de las «tierras de pan llevar», según decía mi ex tutor D. Venancio, he comprado papel, que me produce más y me quita cuidados y molestias. También hago ciertas jugadas de Bolsa, que hasta el momento me han salido bien.

Mi boato, mi posición, y—¿por qué he de ser modesto?—mi buena figura, me han proporcionado triunfos lisonjeros entre el bello sexo; y las madres deseosas de establecer bien á sus hijas, *me ponen los puntos* y pretenden atraparme.

¿Casarme yo á los veinticinco años? ¿Esclavizarme con una mujer que puede ser insoportable y darme una docena de hijos?—No, y mil veces no: ¡vivan la libertad y la independencia!

## III.

### Á LOS TREINTA AÑOS.

Comienza á fatigarme esta existencia agitada y tempestuosa: mi salud se ha resentido algo de las noches de insomnio y de los días de trapisonda. Padezco de reuma y de los nervios. Lo único que está sano y bueno es el corazón: ¡como que no me he dejado seducir por *las pruebas de amor* que me dan las mujeres!—Lo que ellas quieren no es mi nombre, sino mi dinero, el cual, gracias á Dios, no cae en sus manos sino en pequeñas cantidades, cuando lo reclaman las necesidades del servicio.

Hace dos meses creí haberme enamorado por la primera vez.

Sin embargo, fué un capricho pasajero, un acaloramiento, que se disipó bajo el imperio de la razón fría y serena.

¿Qué iba á buscar yo en el matrimonio? ¿Un refugio contra las tempestades de la existencia, según dicen los filósofos?

¡Pero si yo soy impermeable é incombustible: si nada me conmueve ni me agita!—Egoísta por temperamento y por educación, sólo pienso en mi conveniencia y en mi interés: casado, sería forzoso ocuparme en mi mujer y en mis hijos; procurar que aquélla fuese feliz; dar á éstos buena educación.

No, y mil veces no: soltero estoy y soltero moriré; no quiero exponerme á perder mi dicha y mi tranquilidad por satisfacer un mero capricho.

## IV.

### Á LOS CUARENTA AÑOS.

Estoy ya cansado de esta vida tempestuosa; mis achaques han aumentado considerablemente, y ahora paso semanas enteras sin salir á la calle.

Los amigos vienen á acompañarme algunos ratos, y dos ó tres—los más pobres—comen en casa y juegan luego conmigo una partida de tresillo ó de *bezigue*.—Dios se lo pague.

Otros aceptan mi carruaje para hacer visitas, ó disfrutan mi butaca del teatro Real, al que no podrían asistir por la escasez de sus recursos.

Enfermedades, viajes y locuras han disminuído considerablemente mi capital: ya no poseo la renta de antes; y ahora no pasa de cuarenta mil pesetas.

He tenido que despedir al cocinero francés, que ha salido rico de mi casa; y al ayuda de cámara inglés, cuyas exigencias eran escandalosas.—Hoy día todo mi servicio es del país.

Desde que no soy muy rico, y desde que no soy muy joven, han decrecido las persecuciones de las madres y de las hijas.

Ya no paso por un *gran partido*, y sólo las solteronas recalcitrantes me consideran buena presa: las niñas de pocos



años tienen miras más altas, y buscan Duques, Marqueses ó millonarios.

¡Cuántos desencantos he padecido! ¡Muchos que antes cultivaban mi trato me abandonan y me desdeñan!

¡Cuarenta mil pesetas! ¡Eso es una miseria! piensan y dicen las niñas que salen al mundo llenas de esperanzas y de ilusiones.

## V.

## Á LOS CINCUENTA AÑOS.

Estoy solo, enteramente solo, lleno de disgustos y enfermedades; abandonado de los que eran mis amigos, desde que no puedo proporcionarles placeres ni distracciones.

Mi renta ha sufrido nuevas rebajas, en virtud de recientes pérdidas.

Es menester á toda costa crearme una familia, un círculo de personas que me atiendan y cuiden en los últimos años de mi existencia.

¿Encontraré lo que deseo? ¿Habrá una mujer que acepte el nombre y la posición de este viejo prematuro, que ha perdido todos sus atractivos personales?

Lo intentaré, sin seguridad de conseguirlo, porque conozco bien la sociedad positiva y metalizada entre la cual vivo..... ó he vivido.



Ahora no asisto á fiestas, reuniones ni teatros; paso las noches en el Casino ó en *La Peña*, jugando al tresillo ó al *bezigue*; ó en mi casa, junto á la chimenea, sin alma viviente que me acompañe, cuando el mal tiempo ó mis achaques no me permiten salir á la calle.

Como ya no tengo carruaje, porque no puedo sostenerlo, son mayores las dificultades para mi distracción.

He dejado, también por economía, mi butaca del teatro Real, y sólo me permito ir alguna vez—muy rara—á una ó dos funciones de las de *Apolo* ó *Eslava*.

Sí, sí: es indispensable traer á mi hogar algo de lo que hay en los de las personas más felices: una mujer que me consuele, que me sirva de tierna y dulce compañera en las penalidades de la existencia humana.

## VI.

## Á LOS SESENTA AÑOS.

Todos mis esfuerzos han sido inútiles: aquellas á quienes me he dirigido, y que en tiempos más dichosos me habrían aceptado con júbilo y satisfacción, me han despreciado, se han reído de mí.

—¡Cómo, Matusalén!—me dijo cierta insolente—¿quieres encontrar á tus años quien cargue contigo, y sea una verdadera Hermana de la caridad?—¡Si al menos fueses todavía rico!.....

Es verdad: ya no lo soy; cada día aumentan mis privaciones y mis apuros; cada día debo reducir mis gastos y hacer nuevas economías.

No tengo más que una cocinera, una mujer guapetona y fresca, y un criadillo, cuyo salario es mezquino y miserable, para los recados.



Con este tren de casa y con mis escasos recursos, no puedo dar banquetes, según antes lo hacía, ni comidas de confianza siquiera.

Eso sí, Felicianita guisa muy bien, y me prepara unos platos, que no hay más que pedir.

Es una excelente mujer, que sólo piensa en darme gusto.

Per las noches viene á mi cuarto, y como lee regularmente, me entretiene poniéndome al tanto de lo que dicen *La Correspondencia* y *El Correo*.

Es una fortuna, una providencia haber tropezado con una sirviente así, tan hábil en la cocina, como dispuesta á complacerme en lo demás.



Ella lava y plancha mi ropa, pone cuellos nuevos á las camisas, y desempeña toda clase de cargos domésticos.

Si me faltase, ¿qué sería de mí?

El otro día vino á verme uno de los pocos amigos—ó conocidos—que aun me quedan, y le obligué á quedarse á almorzar.

—Tienes *un cordon bleu*—me dijo—y lo debes conservar á costa de los mayores sacrificios.

Luego añadió, mirándola fijamente:

—Además, es una buena moza, lo cual no es un mal para nadie, y menos para ti, á quien tanto agradaba el bello sexo.

Es verdad: si Feliciano me abandonase, ¿qué sería de mí? ¿Dónde encontraría otra que la reemplazara? ¡Y los postreros años de mi vida serían más crueles, más horribles que nunca!

¿Qué podría yo hacer para fijarla á mi lado? ¡Si tuviese algún título, algún derecho!.....

Pero no: el mejor día encontrará otra colocación más ventajosa, ó, como es guapa y amable, se casará con el que la solicite.

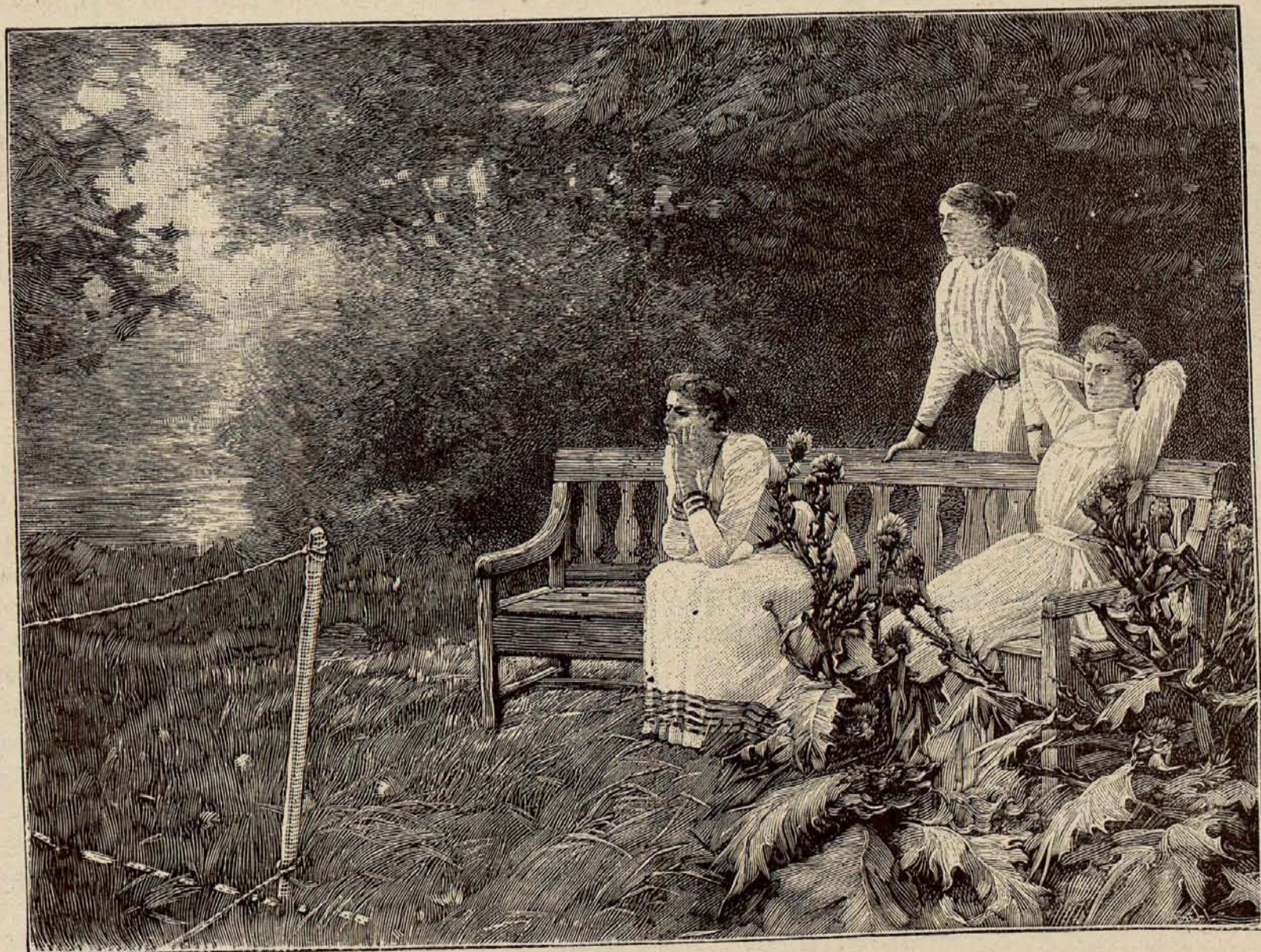
No, no: es menester que no nos separemos nunca; no podría acostumbrarme á otra cocina; me faltaría quien me leyese los periódicos, y aun las cartas, porque ¡mi vista ha bajado tanto!.....

.....

Para tenerla constantemente á mi lado, no hay sino un medio: darle mi nombre, hacerla mi mujer.

¿Qué me importa lo que diga la sociedad?

RAMÓN DE NAVARRETE.



VIDA CAMPESTRE.—POR REALIER DUMAS.



# CUENTOS DEL GENERAL

## LA BURRA PERDIDA



**T**E acuerdas de Quintín?

—Y bien que me acuerdo. ¿Quintín Guardarelo; aquel muchacho, sobrino de la tía Calixta, que se fué para Cuba y que ahora dicen que está muy rico?

—El mismo, que ya debe tener sus cuarenta años, y que realmente está muy rico. Pues mañana debe llegar aquí.

—¿Aquí?

—Sí, al pueblo. Viene á arreglar su matrimonio. A ver si adivinas con quién quiere casarse.

—Con Gregoria, la hija de D. Rufo el del molino.

—No.

—Entonces con Brígida, la del indiano.

—Tampoco.

—Pues con la hermana del juez.

—Menos, que ni la ha oído mentar; y mira, date por vencida, que no acertarás nunca, y yo te lo voy á decir: ¡Asómbrate! Con Serafina.

—¿Qué Serafina?

—¡Toma! Serafina, la chica, la criada que nos sirve, que es su sobrina.

—¡Pero hombre, si apenas tiene quince años, y está hecha una brutica!....

—Pues con todo y eso, ya mañana será la señorita Serafina; porque él la va á poner en un colegio en seguida, y dentro de dos años volverá para casarse con ella, y ahí tienes á la muchacha convertida en la señora más rica quizá de la provincia.

—¡Pero eso será mentira!

—No; que todo me lo ha dicho esta misma tarde D. Félix, que expresamente ha venido á preguntarme por Serafina, encargándome con mucho empeño que tú y yo la prepare-

mos, contándole la fortuna que va á tener, y que mañana, desde temprano, esté vestida lo mejor posible para que le haga buen efecto á Quintín.

—¡Mira tú qué fortuna! Y yo que la he reñido esta tarde tanto, y hasta le arrimé dos bofetones porque no había sacado hierba para la vaca....

—Pues nada, nada; procura contentarla y no se le cuente lo del tío hasta la noche después de cenar; porque si no, descuida sus obligaciones. Voy mientras al correo á ver si he tenido carta de Madrid, que ya llegaron los coches de la estación, y volveré á cenar.

El tío Santiago tomó un grueso bastón y salió por la carretera, en tanto que la tía Elena se quedaba refunfuñando y murmurando entre dientes:

—¡Qué cosas pasan en el mundo! ¡Quién lo había de pensar!



Las sombras de la noche se condensaban rápidamente. Los colores y los contornos del caserío iban fundiéndose en la oscuridad, y aparecían en algunos puntos pequeñas lucécillas que salían por las ventanas á lo lejos, como el ojo colorado de un gallo negro.

Tranquila estaba la casa del tío Santiago. En el corral las gallinas se acomodaban unas en las perchas, otras sobre los viejos maderos abandonados allí, otras sobre los bordes de los pesebres, esponjando las plumas, acurrucándose unas al lado de las otras, y con ese ronquido tenue que lanzan como un indicio de completo bienestar.

En los árboles se apagaba la bulliciosa conversación que entablan los gorriones antes de dormir, y que semeja el ruido melodioso de un hervor, y unos buscaban la mejor rama para acomodarse, mientras que otros habían metido ya la cabecita debajo del ala para pasar una noche tranquila.

La vaca rumiaba filosóficamente en el establo. La cerda dormía tendida indolentemente, y sólo de cuando en cuando lanzaba un pequeño gruñido, cuando alguno de los lechoncillos mamaba con demasiada energía.



No quedaban en pie más que los gansos, que, desconfiados siempre, andaban pausada y cautelosamente, volviendo la cabeza á uno y otro lado, anunciándose con esa especie de carcajadita burlona, como si fueran diciendo:—¡Ajá, á nosotros ninguno nos la pega!

Á lo lejos, y como ahogados por la obscuridad, se oían el chirrido de algún carro que volvía del campo cargado de hierba, y el monótono sonar de los cencerros de las vacas que iban recogiendo en los establos.

Algunas veces los cascabeles de un coche que pasaba rápidamente por la carretera, y como una nota sostenida, el canto de los grillos entre la hierba.

Y sin embargo, como dicen algunas veces los que describen una fiesta, *brillaba por su ausencia* en aquel cuadro la *Generosa*, es decir, la burra de la casa.

Serafina salió para cerrar la puerta que daba al campo, y registrar si estaban en su lugar todos los animales. Ya tenía cierta sospecha de que algo pasaba con la burra, porque no la había oído rebuznar, y la chica sabía que los burros rebuznan con una precisión matemática, mejor dicho, astronómica, á cada cuarto de hora, como si llevaran un cronómetro en el cerebro: así es que su primer cuidado fué buscar á la burra, y creyó que soñaba, que era una verdadera pesadilla, cuando, después de registrar por todas partes, adquirió el terrible convencimiento de que la burra no estaba.

¿Qué iba á pasar allí? El maldito animal, encontrando sin duda la puerta abierta, se habría salido al campo, y la chica sintió que el mundo se le venía encima. Se sintió responsable; creyó la burra perdida para siempre; miró delante como á un fantasma á la tía Elena diciéndole toda clase de improperios y pegándole un número infinito de bofetadas, y mandándola á media noche á buscar la burra; y como la escena de la tarde estaba aun fresca en su memoria, la pobre chica se puso á llorar, y sin saber lo que hacía salióse al campo en busca de la burra, á tiempo que pasaba un chico que iba por vino á la taberna.

—¿Adónde vas tan llorona, Serafina?—dijo el muchacho, burlándose de ella.

—¿Qué te importa?—contestó Serafina; y sin detenerse, siguió el primer atajo que se presentó á su vista.

Se había levantado la luna y con su indecisa claridad los árboles, las peñas, los matorrales y hasta los accidentes del terreno fingían extrañas y fantásticas formas. Serafina seguía rápidamente caminando; pero, aunque llorosa, miraba cuidadosamente para todas partes. Cualquiera matorral á lo lejos movido por el vientecillo de la noche, le parecía que era la burra, y emprendía el camino hasta desengañarse; el más ligero ruido lo creía un denuncia de la fugitiva, y se figuraba conocer el rebuzno de la *Generosa* en cualquiera de los muchos rebuznos que se oían á lo lejos.

No sentía miedo al encontrarse sola en el monte y en aquella penumbra: el terror que le inspiraba D.<sup>a</sup> Elena y la angustia por la pérdida de la burra, embargaban por completo todas sus facultades, y seguía andando por aquellas largas veredas, que blanquecinas se prolongaban entre la vegetación como vrboras inmensas, que más crecían mientras más caminaba sobre ellas, y que tenían la cabeza perdida en un horizonte tan vago, que ni era obscuro ni era luminoso.

Por fin, después de tres horas de inútiles pesquisas, fatigada, rendida y sin saber en dónde se encontraba, sentóse á descansar al pie de un árbol. Á lo lejos brillaban algunas lucecitas en los caseríos; llegaban desde allí los ladridos de los perros, y alguna que otra vez el sonido de los *campanos* de las vacas que se movían en los establos. Pero poco á poco á Serafina le pareció que todas aquellas luces se iban extinguendo; que los ruidos se alejaban; que el terreno se hundía dulcemente; que la obscuridad se hacía más densa: entornó los párpados y se quedó profundamente dormida.



La tía Elena llegó á extrañar que la muchacha no anduviera por la cocina: la llamó, nadie contestaba; entonces salió á ver qué hacía, y no la encontró por ninguna parte. Sólo Isidro, el mozo de labranza, sentado á la puerta de la cocina, esperaba tranquilamente que le llamaran á cenar.

—Sidro, ¿has visto á Serafina?

—Puede que haya salido, porque la puerta del campo está abierta.

—¡Demonio de muchacha! ¿Si se le habrá ocurrido escaparse por haberle pegado esta tarde?

Y acertó á salir á la puerta del campo en los momentos en que el chico regresaba de la taberna.

—Pedrín—dijo la tía Elena—¿has encontrado por ahí á Serafina?

—Cuando pasé para la taberna á comprar el vino para mi padre, salía de aquí, le pregunté á dónde iba y me contestó que no me importaba. Iba llorando.

—De seguro—exclamó en alta voz la vieja—esa pícara se ha escapado; si no fuera.... y luego el compromiso de entregarla mañana; nos van á hacer muchos cargos. ¿Por dónde se fué?—dijo, dirigiéndose al muchacho.

—Pues por ahí, por ese camino.

—Voy á buscarla. ¿Adónde se habrá ido? No tiene pariente ninguno....

Entonces por primera vez se arrepintió de haberla tratado siempre tan mal; no por lástima, sino por las consecuencias que podía traer aquella fuga.



Media hora después llegó á casa el tío Santiago. Los perros salieron á recibirle haciendo fiestas, como quien dice:—Bendito sea Dios que ha vuelto usted, que ya tenemos hambre; pero se encontró con la casa á oscuras y por único habitante á Isidro, sentado en la puerta de la cocina.

—¿Dónde están las mujeres?—le preguntó.

—Pues la tía Elena se ha ido á buscar á la Serafina, que creo que se ha escapado porque la pegaron mucho en la tarde.

—Vamos, ¡qué tonta! Iré yo á ver si las encuentro por ahí. ¡Qué compromiso para mañana! ¡Y D. Quintín que vendrá temprano á buscar á la chica! Vamos, voy á ver si las encuentro. Me llevaré los perros para que me ayuden.

Silbó ligeramente; los perros comprendieron que se trataba de un paseo á la luz de la luna, y salieron retozando delante del tío Santiago por la puerta del campo.

—Esto de la cena va muy largo—dijo Isidro después de



haber esperado más de una hora.—Voy mientras á la taberna á echar un vaso.

Y salió por la puerta de la carretera.

La casa quedó enteramente sola; pero como mientras unos duermen otros velan, los gritos de los gansos y el cacarear de las gallinas y el ruido que se oyó por los establos, no dejaron duda de que los zorros aprovechaban la ocasión. Y aquello fué la catástrofe. Unas gallinas morían, otras se salían por los bardales, otras por la puerta del campo, que se quedó abierta, y entre aquel sálvese el que pueda, hasta los gansos perdieron su dignidad y salieron á escape.



Serafina se despertó asustada por el ruido de un carruaje que se acercaba; abrió los ojos, y vió que estaba al borde de una carretera. Comenzaba á amanecer. Sobre el limpio azul del cielo se iba tendiendo como una gasa color de rosa; la luz azulada penetraba ligera por todos los vericuetos de la montaña, como si buscara algo que había dejado olvidado el día anterior; cruzaba entre el follaje, se deslizaba hasta debajo de las hojas que había caídas, y todo lo recorría preparando la tierra para recibir engalanada la visita de los rayos del sol.

Serafina se levantó á tiempo que el carruaje pasaba á su lado.

—¡Serafina!— exclamó uno de los dos caballeros que iban dentro.—¡Para!—dijo al cochero.—¡Alto!

El landó se detuvo, y los dos hombres descendieron rápidamente.

—Pero ¿qué andas haciendo por aquí y tan temprano?

Serafina reconoció en aquel caballero á D. Félix, que había estado la tarde anterior en la casa hablando mucho

tiempo con el tío Santiago. Esto la alentó, y no sin llorar algunas veces, contóle lo que había pasado.

—¡Pobrecita!—dijo D. Félix.—¿Pero tú no sabías que ayer tarde y delante de mí le prestó Santiago la burra á un vecino?

—¡Entonces no se ha perdido!—exclamó la muchacha como si le quitaran un enorme peso del corazón.

—No, no se ha perdido. Pero ahora te vas con nosotros.

—¿Pero adónde?

—Á mi casa, con mi mujer y con mis hijos. Este caballero que ves aquí es tu tío Quintín, que ha llegado de América.

—¡Ay, mi tío Quintín! ¡Qué gusto! ¡Cuánto me hablaba mi madre de usted!..... ¿Cómo le va á usted, tío Quintín? Ahora pondrá usted casa, ¿es verdad? y me llevará usted á servirle: ya verá usted cómo estará contento. Yo soy muy trabajadora, y no quiero volver á la casa de la tía Elena, porque me pega mucho, mucho.....

Don Quintín sentía como si se hubiera tragado un pedazo de pan sin masticar, y en los ojos un cosquilleo como si le pasaran cabellos por allí.

Estuvo un rato silencioso, y después, fingiendo una tos que no tenía, le dijo á su amigo:

—Regresaremos: ya no tenemos para qué ir al pueblo.



El tío Santiago y la tía Elena, que no habían podido dormir en toda la noche, vieron á lo lejos por una carretera un coche que se alejaba del pueblo; pero era imposible que sospecharan quiénes iban dentro, aun cuando se lo hubieran dicho; y jamás pudieron saber lo que había pasado, pues lo único que llegó á sus noticias fué que á Serafina la había puesto su tío en un colegio de señoritas en Madrid.

EL GENERAL RIVA PALACIO.

